

LA MARCA DE FUEGO

*Nuestra patria no quiere, ni yo
quiero abortar un poema coleccionado
de lenguaje y espíritu extranjero.
Porque mi musa fiel como española
a venerar nuestras banderas viene
donde la religión las enarbola.*

BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA

Personajes

YIMI

PEPA

EL EQUIS

EL CHICO DEL BUTANO

LA ASISTENTA SOCIAL

DECORADO

Apartamento de un barrio periférico de Madrid, muebles variopintos. En las paredes se ven viejos carteles que un día fueron revolucionarios. Promiscuidad, desorden y abandono.

PRIMERA PARTE

Al levantarse el telón, la escena a oscuras. Se oye el llavín en la puerta de la escalera que comunica directamente con el saloncillo. Es prácticamente todo el apartamento, salvo una puerta que se supone da a un dormitorio, cocina, etc. Se abre la puerta, que da paso a una silueta gatuna que va vestida con mucho cuero claveteado, casco de motorista, cadena a la cintura... Enciende la luz y entra. Va tirando sobre un sofá el casco, las gafas negras, la bolsa de mano, la cadena, etc., hasta aparecer bajo todo eso la clásica silueta del quinquillero, delincuente y drogadicto.

YIMI.— *(Gritando.)* ¡Pepa!... ¡Pepa!... ¿Estás ahí?

(Avanza hacia la puerta del dormitorio mientras sigue quitándose cosas. Aparece la PEPA.)

PEPA.— Vas a despertar a la niña...

YIMI.— Es que creí que no estabas...

PEPA.— *(Bosteza.)* Estoy muerta de sueño. ¡A estas horas!...

YIMI.— Vengo hecho polvo. He tenido una tarde...

PEPA.— ¿Ha habido problemas, o qué?

YIMI.— Más cabreo que una mona vengo... *(Dejándose caer en el sofá. Enseña el bolso que traía en la mano.)* Una tía que no quería soltar el bolso ni pa Dios. No había modo de que lo soltara... Total, que tuve que sacarme ésta *(Por la cadena.)* y darla en los brazos. Pero, no creas, la tuve que romper un par de huesos por lo menos...

PEPA.— La gente, por no soltar un duro, es capaz de todo... ¿Y en total?

YIMI.— Pues ya ves tú.

PEPA.— ¿Siete talegos? ¡Jo, pues no habéis perdío la noche!

YIMI.— Siete y un poco de chatarra... ¡Na!... Pero hay que ver cómo se puso la tía, oye, defendiendo el asunto... No había manera de hacérselo soltar. Creíamos que llevaba una pilá de joyas, figúrate. ¡Y to por siete mil!

PEPA.— Son de miedo esas tías...

YIMI.— Y no vayas a creer. Una canica. Pues na, sin soltarlo. Y yo y el chulo arrastrándola con la máquina por toa la calle el Doctor Esquerdo, que parecía Ben-Hur, oye. *(Ha vaciado el bolsillo.)* Y eso es lo que hay. *(Entregándole algo.)* Toma, si lo quieres..

PEPA.— *(Llevándose a la nariz el frasquito que le ha entregado y torciendo el morro.)* Una mierda...

YIMI.— *(Ha agrupado sobre la mesita los billetes.)* El chulo estaba mosca, creyendo que esto tenía doble fondo... *(Sacude el bolso por si queda algo.)* Ya ves tú que no... O sea, que esto es lo que hay. ¡Qué se le va a hacer!... Siete mil pelas... Pa comprar bonos del Tesoro, como dice la tele...

PEPA.— *(Sentándose jovialmente en el sofá y echando la mano por el hombro al compañero.)* Bueno, no está mal tampoco...

YIMI.— Tol día y la noche currando pa esto... Y hay que dar la mitá al colega, ¿no?

PEPA.— Tal como se están poniendo las cosas, no sé adónde vamos a ir a parar...

YIMI.— *(Estirando los brazos.)* Así que estoy hecho polvo, tía... No puedo ni con mi alma. ¿Y la niña?

PEPA.— Dormidita, la pobre. ¡Es que yo he pasao también un día, no creas!...

YIMI.— Trae un poco de polvo, anda. A ver si me levanto algo...

PEPA.— Pero si ya es hora de irse al catre, Yimi... Hace mucho que terminó la tele.

YIMI.— *(Nervioso.)* Trae... eso..., coño.

PEPA.— ¿Ahora?

YIMI.— *(Enfadado.)* ¡Leche, ya! *(Ella sale un momento y vuelve con un tarrito; una especie de salero.)* *(Cogiendo el tarrito y mirándolo al traluz.)* ¿Sólo queda esto?

PEPA.— ¡Hombre!...

YIMI.— ¡Joder! (*Sorbe un poco por la nariz y lanza un suspiro.*) ¡Aaah...!

PEPA.— Yo me tomé dos pizquitas...

YIMI.— ¿Dos?... ¡Jo, la tía!...

PEPA.— Tenía mono; por mi madre, tío.

YIMI.— ¿Tú has creído que la pasta cae por la chimenea, o qué? ¡Con lo que cuesta ganarlo!

PEPA.— (*Le ha cogido el recipiente.*) Déjame dar un...

YIMI.— (*Arrebatándole el tarrito y guardandoselo en el bolsillo.*) ¡A la pilitra!...

PEPA.— Hay que ver, tío. Si es sólo un soplao...

YIMI.— Es que yo no sé lo que te has creído...

PEPA.— (*Suplicante.*) Una sorbida, Yimi...

YIMI.— Cuando se acabe esto no sé lo que vamos a hacer, ni cómo vamos a vivir sin tener quién nos suministre... Y tú lo sabes, pero como si nada...

¡Jo, Pepa, haz el favor!... Yo no sé cómo sois las mujeres, leche...

PEPA.— (*Se levanta del sofá y bosteza.*) ¡Te gusta piarlas por piarlas!... Eso es lo que te mola. Porque, vamos, digo yo que tampoco es dársete mal la noche. Cuántos quisieran sacar siete billetes tan limpiamente como te los has sacao tú. Pero...

YIMI.— (*Quitándole los billetes que ella había cogido.*) Trae acá, que hasta que no haga cuentas con ése... Ya sabes que a mí me gusta hacer las cosas por lo legal, o sea, con el tarro. (*Se levanta.*) Voy a darle un beso a la piba y nos empoltramos... Anda. (*Flexiona las piernas y extiende los brazos.*) ¿Quieres creer que la tía esa me ha dejao roto? Que me duelen los brazos, tú. Ahora que..., la he metío unos cadenzos, oye. Se ha caído al suelo, ya te digo, chillando, y yo: zas, zas, zas, cuatro veces, y el Chuchi dando caña a la máquina. La he tenío que partir el brazo por tres o cuatro laos...

PEPA.— ¡Que aprenda!... y se acostumbre a soltar las cosas, coño.

YIMI.— Y si hubiera sido por algo que valiera la pena... Pero por siete billetes, tú... (*Suena el teléfono.*) Y ahora el Chuchi creerá que... (*Cuando ella acude al teléfono, la detiene.*) ¡Deja, no lo cojas!...

PEPA.— Pero ¿y si es algo...?

YIMI.— (*Dándole un manotazo.*) ¡Que no!

PEPA.— (*Intenta cogerlo.*) ¡Hombre!...

YIMI.— *(Se lo impide.)* ¡Quieta te digo, leche!... *(El teléfono sigue sonando con insistencia.)*

PEPA.— Puede ser cosa de urgencia...

YIMI.— ¡Pues sólo faltaba eso!... Después del día que he pasao... ¡Joer! Al menos, que pueda uno pasar la noche tranquilo...

PEPA.— No sé qué noche, tío... Porque no sé si sabrás que son ya las... *(Se lleva la muñeca a los ojos, pero no lleva el reloj. Instintivamente se frota un poco el antebrazo.)*

YIMI.— *(Que ha observado el gesto.)* ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes ahí?

PEPA.— *(Esconde el brazo.)* ¿Dónde?

YIMI.— Trae a ver...

PEPA.— *(Intenta huir hacia el dormitorio, pero él la retuerce hasta hacerle enseñar el brazo.)* Pero déjame...

YIMI.— *(Con pocos miramientos la ha arrastrado hasta colocarla bajo la lámpara y observa el brazo.)* Con que te has picao, ¿eh?...

PEPA.— *(Debatiéndose.)* ¿Picao? ¿Dónde...? ¡Dice que me he picao!...

YIMI.— *(Zarandeándola.)* ¡Me cagüen la tía!... ¡Te voy a a...!

PEPA.— ¡Que no, Yimi, que no!... ¡Que me sueltes!...

YIMI.— *(Con aire desolado.)* ¡Te has picao!... ¡Amos, que...!

PEPA.— Por mis muertos, Yimi!...

YIMI.— ¡Te voy a meter con la cadena, fíjate!... *(Y hace ademán de ir a coger la cadena que está sobre el sofá, ocasión que ella aprovecha para meterse en el cuarto y encerrarse.)* ¡No quiero dar más escándalo, si no...! ¡Cagüen la tía!... Pero ¡ya te apañaré yo mañana, no te creas! ¡Negra te pongo, fíjate, por la madre que me parió!... ¡Cantidad, pero cantidad te voy a...! ¡Va la tía y se vuelve a picar! *(Ha echado mucho dramatismo al asunto.)*

PEPA.— *(Desde el dormitorio.)* ¡Ya has despertado a la niña!... ¡Mira la gracia!

YIMI.— La pobre criaturita, ¡con una madre así!...

PEPA.— ¡Pues mira que tú!... ¿Me vas a dar otra vez la noche?... ¡Calla, nena, calla ya, rica!... *(Canturrea una extraña nana con ritmo de rock.)*

YIMI.— *(Casi histérico.)* ¡Te has picao, te has dado chute!... ¡No digas que no, joder!...

PEPA.— *(Interrumpe la nana.)* ¡Mierda, ya!...

YIMI.— ¿Y de adónde?... Pero ¿cómo te la has...? *(Se pasea furioso.)* ¡Yo no sé!... ¡Es que no lo sé! ¡Y, además, en el sitio ande más se ve!... ¡Se te

que ir a picar donde to Dios tie que verlo!... ¡Pa que luego salgan las manchas y vaya pregonándolo por ahí la tía!... ¡Y mira que se lo tengo dicho: por encima del hombro!...

PEPA.— *(Asomándose.)* Hasta que tenga los brazos como tú, con esa mierda de tatuaje que te hicieron en el talego...

YIMI.— *(Va hacia ella, que se encierra de nuevo.)* ¡A ti te voy hacer yo otros que...! *(Ella no parece escucharle y sigue su canturreo, que se acompasa siniestramente con las reflexiones medio sonámbulas de él.)* ¡Va y se pica la tía otra vez!... ¡Está uno hecho un cabroncete, pa que ella disponga de polvo y... Pero ¿de adónde lo habrá sacao?... *(Grita.)* ¿De adónde lo has sacao?... Dime, ¿de adónde?... *(Tras un silencio.)* ¡Y si fuera de confianza, joer!... ¡Te voy a partir el brazo con la cadena, como a la otra, pa que pases de una vez!... ¡Si ya me chocaba a mí!... ¡Ya me chocaba que la tía no volviera a las andás!... ¡La puta viajera!... ¡Mala yerba, coño!... *(Se deja caer en el sofá. Vuelve a sonar el teléfono.)* Me alegro de haberle partío el brazo a la vieja... Pero ¿quién coño pue llamar a estas horas también? El chuchi, seguro, pa que le diga si había algo más en el bolso... ¡Ése también!... Es capaz de dar la castaña a estas horas. Ya pue soñar, que no pienso cogerlo... Pue que sea algún bofia. ¡Loco iba a estar si lo cojo!... ¡No son horas de llamar a una casa... respetable, leche!... *(El teléfono deja de sonar, pero vuelve a emprender la llamada pasados unos segundos.)* ¡Jo!... Y el tío o la tía, o la puta madre que los parió..., ¡que se vayan al servicio de urgencias!... *(Se levanta y tiende la mano, pero no llega a descolgar.)* ¡Anda y vete por ahí, titi, pa que te quiten la...! *(Grita.)* ¡Que no te cojo!... *(Mira hacia el dormitorio.)* ¡Y a ésa la voy a...! *(Se deja caer sobre la mesita y reclina la cabeza en los brazos, cansado. El teléfono, tras una pausa, vuelve a sonar.)* Pues va a resultar que es cosa de urgencia... *(Se levanta y tiende la mano, pero no llega a descolgar.)* ¡Que no, leche, que no va a ser cosa de...!

(Ha salido la PEPA con la niña en los brazos como defensa y protección, y va a descolgar el teléfono. Él la detiene.)

PEPA.— Pero ¿no lo vas a coger, leche? Después que hemos pagao los recibos... ¿Pa qué tenemos el teléfono?...

YIMI.— *(Amenazándola.)* ¡Quita o...!

PEPA.— *(Mostrando a la niña para defenderse del ataque, como una pudorosa matrona romana.)* ¡Mira la niña!... ¡Dormidita que estaba y....!

(La besa lloriqueante. Él ha cogido la cadena y ella opta por esconderse de nuevo en su guarida.)

YIMI.— ¡Te voy a....! ¡Un día vamos a salir en «El Caso», fíjate! Eso de «mata a su mujer y a su hija y se mata aluego...» va a ser la noticia. En «El Caso» y en «El País». Lo estoy viendo, leche. «Asesina a su esposa y a su hija de pocos meses»... ¡Pero porque nadie sabe que la mujer era una puta drogata!... *(Grita.)* ¡Una puta drogata!... ¡Y el tío, un cabrón!... que se dejaba poner la pica en tol testuz... ¡Y de eso nada!... ¿Qué te has creído? *(Vuelve a sonar el teléfono.)* La leche que mamé de una vez, ¿no te joe? *(En un arranque, descuelga por fin el teléfono.)* ¿Qué pasa? *(Cambia el disgusto en gran sorpresa y alborozo.)* ¿Cómo...? ¿Tú...? ¿Tú?... Pero ¿tú, tronco?... Ostia, ostia... ¡La ostia!... Pero ¿desde cuándo? No me jodas... *(Se ha entreabierto la puerta del dormitorio y asoma la nariz de la PEPA, que atiende a la conversación.)* ¡Que sí, colega, que sí! ... ¡Que me das una gozada!... Ahora mismo... Ya mismo bajo y te abro... ¡Huy la leche, el Equis!...

(Ha colgado el teléfono lleno de alegría y se ha lanzado escaleras abajo. La PEPA vuelve a encerrarse en el dormitorio y atranca la puerta. La luz de la escalera, encendida. Pronto se oyen voces, risotadas, pasos presurosos, hasta que vuelve el YIMI con su colega el EQUIS, que es un tío mayor que él, de unos cuarenta años, con la piel amarilla y ajada, propia del que acaba de salir de la misma trena.)

EL EQUIS.— *(Siguiendo la conversación anterior.)* Lo que yo te digo..., venga echar money y el aparato sin...

YIMI.— Pero ¿cómo me iba yo a imaginar, tío?... ¡Eres el último en el que pensaba!

EL EQUIS.— *(Dándole un cachete en la cara con cariño.)* Pues la primera visita que hago es a ti... ¿A quién si no?...

YIMI.— *(Mimosote.)* ¡No me digas!... ¿De verdad?

EL EQUIS.— *(Sonriente.)* Si te parece, después de haber estao juntos tanto tiempo...

YIMI.— *(Le señala el sofá.)* Ponte cómodo, titi, y me lo cuentas... ¿Vale?

(El EQUIS se sienta en el sofá e inmediatamente adopta una posición horizontal, como quien está acostumbrado a hacerlo en la celda.)

EL EQUIS.— ¡Joder, pues lo que te vengo diciendo!... Lo del artículo ese de la ostia...

YIMI.— ¿Qué artículo?

EL EQUIS.— Pero ¿es que tú no te enteras, o qué?

YIMI.— ¡Jo!... ¿Y cómo me iba a enterar, si estoy to el día hecho un paria, pa sacar las cuatro pelas que se necesitan pa malvivir?... ¡Y tal como se ha puesto la mercancía!... Vamos, quio decir el chute... Y con una señora y una niña que tengo... ¿No lo sabías? Así que pa enterarse de na, ni pa leer los periódicos... *(Baja la voz con cierto sigilo, propio de costumbre carcelaria.)* Y que la mujer se pica, ¿sabes?... No te digo más. Fíjate: hoy mismo pa conseguir unos cuantos talegos... *(Se interrumpe porque el otro se ha quedado dormido emitiendo un extraño jadeo.)* Pero... ¿estás roque ya, titi?

EL EQUIS.— *(En la misma postura y sin mover un músculo.)* No, no... Te escucho... No te preocupes... Esto me da... Lo que me da...Tú, sigue.

YIMI.— ¿Es que estás con el mono?

EL EQUIS.— ¡Que no!... Que sigue..., que te escucho...

YIMI.— *(Observándole, con cierta precaución.)* Pues eso..., lo que te decía... Que la cosa está mu chungá... Así que...

EL EQUIS.— *(Con cierto desvarío.)* Connigo han salido también el Letras, el Ganchete y el Lagarto. Prácticamente toa la basca... Por el aquel del artículo, ya te digo...

YIMI.— Eso se llama tener suerte. Porque, ya ves, el Chuchi y yo nos tuvimos que pasar los dos años enteros. ¡La puta justicia!...

EL EQUIS.— ¿Qué justicia? ¿Qué leche dices de justicia? *(De pronto.)* ¡Espera, que me da el trance!...

(Se queda otra vez como ido, paralizado. El YIMI, sorprendido, se rasca la cabeza.)

YIMI.— Pero ¿te vas a aclarar de una puñetera vez?... *(El EQUIS no contesta.)* Si no es el mono, será el telele..., o ¿qué leche es lo que tienes?... Tú has sío diempre un tío raro, titi... *(Le sacude levemente.)* ¿Me oyes, o no me oyes? ¿Estás dormío, o despierto? *(Ante la hamletiana duda, le sacude violentamente.)* ¡Equis!... ¡Equis!... ¡La ostia! Pero ¿qué te pasa, gachó?... ¡Equis, que no te entiendo!...

(Ha salido la PEPA, ya sin la niña, y contempla la escena. Muy alegre.)

PEPA.— ¿Es el Equis?... ¿Verdad que es él?

YIMI.— *(Se vuelve airado.)* ¿Qué haces aquí?... ¡Anda al catre!

PEPA.— *(Con un gesto de la mano.)* Trae...

YIMI.— *(Con cierta comprensión.)* Anda, lárgate, si no quieres que... *(Ella se aparta, pero no se mete en el cuarto. Sigue observando a distancia.)* ¡Oye, Equis, colega!..., ¡que a ver si nos pues echar una mano, que estamos en las últimas!... ¿Vale?...

EL EQUIS.— *(Se ha despertado y habla lentamente, con cierta solemnidad.)* Los tiempos vienen de culo, tronco. Ahora, con las multinacionales esas... Y con los..., eso, los socialistas... No sé si me entiendes.

(Se corta y vuelve a quedarse paralizado.)

YIMI.— *(Desesperado.)* ¡Jo, macho!... ¡Estás pa ir a un circo!... *(Le pone la mano en la frente.)* ¡Y vaya un sudor frío que tienes!... ¡Un mono más grande que King-Kong!...

PEPA.— *(Acercándose intrigada.)* ¿Qué le pasa?

YIMI.— ¡A ti sí que te va a pasar como no te vayas de una puta vez!... *(Ella se aparta.)* Lo que pasa es que éste se está gastando uno de sus trucos

¡Como si no nos conociéramos!... (*Le pasa la mano por los ojos.*) ¿Ve, o no ve?... ¿Oye, o no oye?...

EL EQUIS.— (*Recobrando el conocimiento.*) ¡Vaya jai que tienes, macho!...
¿Por qué no la dices que se acueste conmigo?

YIMI.— ¡Hombre, ya decía yo!... (*Bromeando.*) Menos trucos, Equis, menos trucos. ¿Vale?

EL EQUIS.— ¿Trucos?... ¿Qué dices de trucos?... Te estoy viendo y te estoy oyendo, ¿no?... Pues es como si estuvieras allá, en la otra...

(*Vuelve a quedarse mudo.*)

YIMI.— ¡Pues sí que es guasa la manía!... (*Observándole.*) Y el caso... es que no parece truco. ¿De qué pué ser esto?... (*Alza la voz.*) Bueno..., si me escuchas, Equis, y si no me escuchas, también... Pasa, que aquí sólo pues estar esta noche. Vamos, quieo decir lo que queda de noche, porque resulta que yo y mi señora y mi niña habemos formao una familia... ¿Vale?... Y estamos en eso que dicen... En el camino de la esa..., la reinsertión social, ¿no? Y queremos vivir tranquilos... (*Un silencio. El otro como si no oyera.*) Lo que pasa es lo que tú ya sabes; que necesitamos un poco de chute pa terminar de tranquilizarnos, y tú nos vienes como pintao pa volvernos a relacionar con... Que la cosa está mu chunga y... ¿Te enteras, Equis? (*El otro no contesta.*) ¡Me parece quel tío no quie enterarse!... (*Coge la cadena.*) Hoy he partío a una tía el brazo por los cuatro laos porque no quería soltar el bolso, conque....

(*Tintinea amenazadoramente la cadena y el EQUIS se despierta de nuevo.*)

EL EQUIS.— ¿Qué decías de eso de la reinsertión social?

YIMI.— ¡Jo!... Ya veo que te has enterao, colega... Pero es que se te pone una jeta que da canguelo verla... Pero, ¿qué te metes pa que se te dé un mono así? ¿Me lo quíes decir?

EL EQUIS.— Pues, mira; esto me viene de unas corrientes eléctricas que me metieron en la sexta...

YIMI.— ¿Corrientes eléctricas?...

EL EQUIS.— ¡Y me las van a pagar, por la madre que me parió! ¡Palabra! (*Com-pungido.*) Mira lo que han hecho de mí, que me quedao parao, como si se me fundieran las pilas...

(*Vuelve a caer en trance.*)

YIMI.— (*Poniéndose en pie de un salto.*) ¡Leche!... ¿Será posible?... Ahora va a resultar que este camello vie vacío... ¡Te joe!... ¡Será pasota! ¡Pa meterle un...! Y me extraña que esté sonao este tío... ¿Corrientes eléctricas?... (*Le da cachetitos en la cara.*) ¿Qué es esa leche de las corrientes? ¿Me lo vas a explicar?... ¿Me oyes?... ¿Tú te dejaste dar?... (*Reflexiona desesperado.*) Sí, parece que vie desarmao, vacío... ¿No trae na? ¡A ver!... (*Le mete las manos por los bolsillos. El otro se deja hacer.*) Un trapo..., una jeringa... vacía... Un papel... (*Leyendo.*) del talego... Dos canutillos... ¿Este sobre?... Cinco libras..., la paga... (*Le sacude con rabia.*) ¿Dónde te has metío la carga, camello?... ¡Venga, habla!...

PEPA.— (*Que se ha acercado.*) A este tío le pasa algo, tú...

YIMI.— (*Nervioso.*) Pero ¿otra vez?

PEPA.— Es una cosa tan rara...

YIMI.— Como curioso, es curioso. Porque nos está viendo y nos está oyendo, ¿sabes?

PEPA.— En la tele salió una cosa así. Un... un.. no sé cómo se llama. Uno de éstos, que era como si se hubiá muerto, pero no estaba muerto... O sea, que estaba muerto y enterrao, y andaba por el mundo... ¿Cómo era?... En la tele, acuérdate.

YIMI.— ¡Pues sí que nos ha venío a dar la noche el pasota, después de lo que he corrió en to el día! Yo no sé si sabrás que no trae na, pero na de na. Vamos, que por aquí se acabó el suministro.

PEPA.— ¡Bueno!... Como que el Equis te va a dejar colgao a ti, que siempre fue tu colega...

YIMI.— Y tú venga a picarte...

PEPA.— ¡Y dale!... ¿De qué sacas que me he picao?

YIMI.— Como éste nos falle, no sé... No sé de qué vamos a vivir...

(*Ella mueve al EQUIS, que se deja hacer como si fuera un muñeco.*)

PEPA.— Pero ¿qué pue tener?

YIMI.— ¡Y yo qué sé!... No sé qué dijo de electricidad... Como no le hayan dejao convertío en un transistor los del talego, pero me choca... Y ahora ni reaciona... (*Grita.*) ¡Equis, oye!... ¡Equis!... ¡Equis!

PEPA.— Pero no grites así, que se van a despertar los vecinos... Y sólo faltaba eso, con las ganas que nos tienen.

YIMI.— Pues que me parece que el Equis está fuera de combate, fíjate...

PEPA.— ¿Le has registrao bien?

YIMI.— ¡No..., si te parece, tía!

PEPA.— ¿Los bolsillos, bien?

YIMI.— ¿Es que van a tener secreto los bolsillos pa mí?... ¡Te joe!... ¡Los bolsillos!... (*Mientras habla, va metiendo la mano por todos los recovecos del atuendo con cierta complacencia.*) Las costuras, los...; tos los sitios ande se pue esconder cosas..., ¿sabré yo?... Como no se l'haya tragao y tengamos que darle una purga...

EL EQUIS.— (*El EQUIS se despierta y le da un manotazo riendo.*) ¡Que me estás haciendo cosqui... cosquillas, mariconazo!...

PEPA.— ¡Hola, Equis!...

EL EQUIS.— (*Observa muy bien a la PEPA, con aire de cálculo.*) Es que tú siempre fuiste un poco mariconcete, reconócelo...

YIMI.— Bueno, no te enrolles y contesta a lo que te pregunto... ¿Traes algo o no?

EL EQUIS.— ¿Traer?... ¿El qué?

YIMI.— ¡Venga ya!... ¡Menos rollo, tú!... No me digas que no traes ná...

EL EQUIS.— (*Dándole de nuevo el telele.*) No te digo, porque me vuelve a dar el...

YIMI.— (*Sacudiéndole.*) ¡Equis!...

PEPA.— ¡Pues vaya ostia!...

YIMI.— ¿Será posible, con el tronco este?... ¿Te quies ir ya?... O sea, que va a venir del talego con las manos vacías y sin...

PEPA.— A mí este tío, no sé..., lo encuentro misterioso... Tú dirás lo que quieras. Yo siempre lo encontré raro... ¿Qué sabes de él? ¡Eh!... Na, como aquel que dice.

YIMI.— Lo sabrás tú, tía. ¿Y de qué vas a saber tú, si yo no te hubiá contaó? Éste no engaña más que a la bofia del estupefaciente, que pa eso siempre fue divino el gachongui... Lo que pasa es que ha preparaó un truquillo

pa salir por peteneras. Porque ¿me vas a decir tú a mí que el equis va a sarlir del talego con las manos vacías y derecho a mi casa?... ¡Venga ya!...

PEPA.— ¿Y quién te ha dicho que venga del talego?

YIMI.— ¡Jo, tía, tú también!... Pues ¿de ande va a venir si no? ¿Del Pakistán?

PEPA.— Pues, mira, a lo mejor... Es que no sabes ni tan siquiá cómo se llama...

YIMI.— *(Rotundo.)* ¡El Equis!

PEPA.— Sí, el Equis... ¿Y qué?

YIMI.— Un camello debuti, tía.

PEPA.— *(Intentando leer un papel de los que había sacado el YIMI.)* A lo mejor aquí viene algo, su nombre o...

YIMI.— *(Le quita el papel.)* Pero ¿qué leche de nombre? ¿Qué coño nos importa el nombre? A ti siempre t'a gustao enterarte de... *(Arroja al suelo el papel.)* ¡Na..., esto, na!... Un vale del economato de Carabanchel.

PEPA.— Pues estaría chungo que no volviera en sí, y tener que aguantarle sin que aporte na.

YIMI.— *(Que parece estar seriamente preocupado.)* El Equis es más conocío de toa la basca que... Y no me vas a decir que no le debemos favores, ¿no? Si hay un tío de confianza es éste, que lo puen decir tos. *(Grita ahora casi con desesperación.)* ¡Equis!... ¡Equis, macho, que te...!

(Suenan golpes en el techo.)

PEPA.— ¿Lo ves? La tía de arriba molestando. Por gritar... A ver si nos manda a los maderos, como el otro día. Y con éste aquí...

YIMI.— *(Dirige la mirada al techo.)* ¡Madero la que le voy a meter a ella por el chichi!... *(Coge al EQUIS y lo sienta como un muñeco en el sofá. Con rabia.)* ¡Ayuda tú también, tía, que pesa lo suyo, y yo estoy hecho polvo, joé!...

PEPA.— *(Intenta ayudarle.)* Pero ¿qué vas a hacer?

YIMI.— ¡Yo qué sé!... A ver si...

PEPA.— *(Que le ha puesto la mano en el pecho.)* Como respirar, respira. ¡Y el tufó que echa por la boca!... Yo creo que lo que éste tiene es un mono de bandera...

YIMI.— ¿Menudo mono!...

PEPA.— Y se las sabe todas.

YIMI.— (*Ha cogido la cadena.*) Pues, mira, le voy a meter un cadenazo en tol tarro, que vas a ver... ¡Equis, que te voy a encender las pilas!...

(*El EQUIS sigue impasible.*)

PEPA.— Da no sé qué verle así...

YIMI.— (*Sacude la cadena.*) No sé qué hacer... ¡De buena gana le metía un toque!... Pero ésta es de respeto y..., no sé..., me da lástima. Que se lo digan a la tía esa, que debe tener ahora el brazo roto por cuatro partes. No sé...

PEPA.— Pues habría que hacer algo...

YIMI.— (*Pensativo.*) Se me está ocurriendo...

PEPA.— ¿Qué?... ¿Qué se te ocurre?...

YIMI.— Una cosa..., una idea, tú.

(*Se ha levantado y va a hurgar en un estuche de herramientas.*)

PEPA.— ¡Cuidao con lo que vas a hacer, Yimi!... No nos vayamos a enrollar tampoco...

YIMI.— ¡Lo que a mí no se me ocurra!... A mí me va a enseñar éste, ni cincuenta como éste... ¿Tú ves estos cables?

PEPA.— (*Inquieta.*) ¿Qué vas a hacer?... ¡Oye!...

YIMI.— Tú, lo primero, te callas, y te vas al catre... Mira, has dejao a la niña sola...

PEPA.— Pero ¿pa qué esos cables?

YIMI.— ¡Que te calles, leche, y te metas en la piltra de una jodía vez!... ¿Cómo te lo voy a tener que decir?

PEPA.— (*Preocupada.*) Es que me das miedo, Yimi... Tú eres capaz de todo y...

YIMI.— (*Mientras maneja el cable.*) El tío a lo mejor se ha creído que a este cura lo iba a engañar... ¡Y va listo! Verás tú... Dice que se ha quedao así de unas corrientes que le metieron los de la sexta. Pues ya verás cómo...

PEPA.— Pero ¿serás capaz de...?

YIMI.— ¡A él y a ti, fíjate! Como te pongas pesá, te lo meto a ti en la almeja, pa que te pique de verdá.

PEPA.— ¡Oye, que no...!

YIMI.— *(Con el cable en la mano.)* ¿Te estás enterando, o no te enteras?

PEPA.— *(Baja el tono.)* Es que vas a hacer una barbaridad...

YIMI.— ¿Y qué?... ¿Qué pasa?... Le voy a reanimar. Ni más ni menos. Si es un truco, pa que aprenda, y si no, pa que se espabile...

PEPA.— Pero, espérate... Mira, parece que abre los ojos...

YIMI.— Que los abra...

PEPA.— *(Dándole cachetitos en la cara al EQUIS.)* ¡Equis, tío!... ¡Equis, oye!...

YIMI.— ¡Dale, dale...! Ya le pues ir dando... Ahora verás, porque esto sí que no falla...

PEPA.— Pero ¿qué te ha hecho el pobre?

YIMI.— Si quieres echar una mano, ya pues ir abriéndole la bragueta, que deso sí que entiendes...

PEPA.— *(Lleva la mano tímidamente al lugar indicado.)* ¡Jo!... También tú...

YIMI.— Y si no quieres, ya te he dicho cuarenta veces que te largues a la piltra.

PEPA.— ¡No me da la gana!

YIMI.— *(Salta hacia ella.)* Mira, ¡la primera que lo vas a probar vas a ser tú! ¡Te voy a asar! ¡Voy a matar dos pájaros de un tiro!... ¡Ven acá, que te....! *(Con el cable en la mano derecha, intenta agarrar con la otra a la mujer, pero ésta se escabulle y se mete en el cuarto aterrada. Se oyen de nuevo golpes en el techo.)* ¡Ostia con la tía!... ¡Ya te pillaré otra vez! *(Prepara el cable.)* Esto es fenómeno... No sé cómo no se me había ocurrido antes... Un puente bien hecho, y le encasco al tío... *(Mete los extremos del cable en el enchufe de la pared.)* Lo que pasa es que uno no tie experiencia... *(Avanza hacia el EQUIS con los otros dos extremos del cable.)* Oye, camello, o te espabilas, o ¡ahí te va el metro! *(Con una mano ha abierto la bragueta y va a introducirle el cable cuando se produce un gran chispazo, se oye el grito del EQUIS, el aullido de la PEPA y se hace el oscuro.)*

(Han pasado unos días. El EQUIS está sentado en el sofá, como un sátrapa persa. El YIMI, a sus pies, convertido en un miserable paria, le limpia los zapatos. El primero parece un auténtico sultán; viste una elegante chilaba, comprada seguramente a los moros del Rastro. El otro

lleva puesto un mono mugriento. La PEPA, acicalada y compuesta, va y viene canturreando, al tiempo que un transistor expande una música de influjos orientales y el ambiente se carga de vapores de hachís. En suma: el Pakistán trasladado a Orcasitas.)

PEPA.— *(Con un porro en la mano.)* Mañana... Mañana, seguro.

EL EQUIS.— ¿Tú le enteraste bien al tío?

PEPA.— A ella. Y muy bien que se enteró.

EL EQUIS.— *(Sonríe.)* No, si tú no tienes un pelo de tonta.

(Ella se le acerca y le pone el porrete en los labios. Él aspira una bocanada y lo devuelve a ella, que hace lo propio. Luego, se besan. Ella se separa y se contonea al ritmo de la música. El YIMI cepilla con sometimiento y su cepilleo establece un contrapunto siniestro.)

EL EQUIS.— *(Echa una mirada displicente al trabajo del YIMI.)* Está bien, muchacho... Pero ¡no pongas esa cara, joer!... Mira, si eres bueno y me dejas contenta, ¿quién sabe?, a lo mejor te dejamos dar una chupadita... ¿Tú qué dices, Pepi?

PEPA.— *(Se encoge de hombros.)* Él sabe lo que se hace, que ya es mayorcito.

EL EQUIS.— Ahora que si pones esa cara, tío, que parece que nos estás perdonando la vida, lo único que puede pasar es que lleves una mano de cadena, que ya la has probao y has visto a lo que sabe... Así que no pongas esa jeta y afina si quieres ser feliz.

PEPA.— *(Que sigue contoneándose.)* ¡Qué pena de hombre!... No sé ni por qué le hablas siquiera...

EL EQUIS.— Mujer, a mí siempre me ha gustado tratar bien a mis «machacas». En el talego he tenido unos cuantos, y no creo que ninguno guarde mal recuerdo del Equis, por más que les quede algún moratón que otro... Otra cosa seré, pero inhumano, nunca. Eso que dicen de los «derechos humanos» lo tengo yo muy clavao. Y si no, que te diga éste... *(Señala al YIMI, que no dice nada.)*

PEPA.— Es que tú has nacido pa mandar y ser un señor... ¡Digo!...

EL EQUIS.— Yo, eso de dar corrientes a un tío..., ¡vamos!... De eso, incapaz.
(Se desespera extendiendo los brazos.) ¡Me encuentro a gusto, tía, enrollao!... ¿Y tú?...

PEPA.— Viajando a placer, y a mil por hora, chungui.

EL EQUIS.— *(Guiñando el ojo.)* Y, luego, nos vamos a...

PEPA.— Colocarnos bien colocaos... *(Un poco alocada.)* Figúrate, si lo llego a saber antes... ¡No me digas, es que una llega a ser más gili!... ¡Pa cuatro cochinos días que vive una y...! Pudiendo pasarse el día en Benidorm, pasarlo en el talego... ¿No te digo lo que hay? Pues eso, que si no nos enseñan a vivir, pues es como si una no supiera andar, lo mismito. ¡Lo que es yo...!

(Se lanza en los brazos del EQUIS como si éste fuera una piscina y se apelonan ambos besuqueándose. El YIMI recoge la caja casera de limpiar los zapatos y, muy hosco, se aparta.)

YIMI.— Servido... ¿Vale?

EL EQUIS.— *(Extiende el reluciente pie y aparta al YIMI de un suave puntapié.)* ¿Te puedes largar y dejarnos, chico?

PEPA.— *(Grita.)* ¡En la cocina está la fregona!... ¡Ya sabes!

(El YIMI sale con la cabeza baja y rendido, como un intocable.)

EL EQUIS.— *(Aparta con mimo a la PEPA.)* Bueno, bonita... Ahora, déjame que me...

PEPA.— *(Achuchándolo.)* ¡Mi príncipe de la Arabia!... Mira qué zapatos te ha dejao...

EL EQUIS.— Habría que darle un premio al chaval...

PEPA.— ¡Una mierda es lo que hay que darle!... ¿Te joe?... ¡Anda y que se pudra! *(Exaltada.)* Gracias, titi... Gracias por hacerme vivir. ¿Y pensar que estaba agilipollá, con la criaturita esa, que me tenía, no sé, como embujá, oye...

EL EQUIS.— *(Acariciándola.)* Boba, bobita..., panoli... ¡Chutona!... *(La besa.)* Es que si yo no vengo a esta casa, no sé...

PEPA.— Si no llegas a venir...

EL EQUIS.— ¡Ostia, no me digas!... Es que... no sé... Cuando te vi enchulaíta con ese desgraciao, que te tenía achantada, me quedé helao, tía. Y con la cría en brazos y dándole de mamar... (*Metiéndole mano.*) Y con estos pechitos que... ¡Jo, vaya pechazos!... La Pepa, una jai de bandera, convertida en... (*Ríe.*) una buena madre de familia... ¡Ay, leche!... ¡Una honrada mamá!... ¿No te jode?

PEPA.— (*Canturrea.*) “Mamá, mamá yo quero...”

EL EQUIS.— Y esposa fiel... ¿No es eso, chutona?

PEPA.— (*Molesta.*) Oye, no te cachondees...

EL EQUIS.— ¡Ja!... Y con un marido que curraba... sin ser currante. ¿Es así o no?

PEPA.— (*Arrebatada.*) ¡Ay, pero qué ocurrente es mi hombre!... ¡Hum!... (*Aprieta su nariz contra la de él.*)

EL EQUIS.— Y claro, pasa lo que pasa, porque siempre pasa lo mismo... (*Se ha puesto serio.*)

PEPA.— (*Intrigada.*) ¿Qué pasa?

EL EQUIS.— Pues que las jais de verdad, o sea, las como tú, las que tienen lo que hay que tener...

PEPA.— (*Bebiendo sus palabras.*) ¿Qué?...

EL EQUIS.— Pues que siempre vienen a caer en manos del primer gilipollas que pasa por su lao.

PEPA.— (*Suspira.*) ¡Eso sí que es el credo, tío!...

EL EQUIS.— Y va, y encima te hace una criaturita... ¿Qué te parece? ¡Una criaturita!...

PEPA.— (*Con tono menos entusiasmado.*) Hombre, Equis... Eso es natural.

EL EQUIS.— ¿Natural?... ¿Eso va a ser natural?

PEPA.— ¿No va a serlo que una tía quia ser madre?

EL EQUIS.— (*Rotundo.*) ¡Madre y mema, eso!

PEPA.— Bueno...

EL EQUIS.— Mira, verte como una tía cualquiera del barrio, con una niñita en brazos y un marido, ¡vamos hombre!... Y mira que yo soy un sentimental, porque yo lo soy de veras... y eso es lo que me ha perdido siempre. Pero ¡hay cosas y cosas, y verte de esa manera me dio una pena!...

PEPA.— ¿Y qué sabe una, si también...?

EL EQUIS.— Pero, ahora, ya eres libre. ¡No me digas que no te sientes libre!

PEPA.— (*Feliz.*) ¡Hombreee!...

EL EQUIS.— Ahora, eres una liberada... Y ya no tienes que andar dándole teta a esa cría, ni tener que comprarle esos polvos para la papillita...

PEPA.— (*Con un suspiro de alivio.*) ¡Ufff, menudo rollo me he quitao de encima!...

EL EQUIS.— Y, luego, eso de que si la diarrea, que si los dientes... ¡Todo eso ya ha pasao de moda, tía! Una jai moderna como tú...

PEPA.— Majara... ¡Que me había vuelto majara, mira!

EL EQUIS.— (*Despectivo.*) ¡Y con un tío como ese...!

PEPA.— Eso si que no lo «capisco», fíjate.

EL EQUIS.— (*Confidencial, casi al oído.*) Oye..., mañana te suministran la otra mitad, ¿no?

PEPA.— Eso parece...

EL EQUIS.— Con lo que tenemos ahí, y lo que mañana te den, podemos tirar una temporadita regular...

PEPA.— Y mercancía de toa confianza, tú...

EL EQUIS.— ¡Hombre, la Yanki siempre fue para eso una tía seria!... Y si la cosa no fuera por buen camino, aquí estoy yo para hacerla una visita... A ella y al Jalifa.

PEPA.— Ya se lo dije...: «Si no cumples, el Equis vendrá a haceros una visita».

EL EQUIS.— ¿Y qué?...

PEPA.— Pues que se la puso el culo así de estrechito... (*Feliz.*) ¡Ay, tío, qué carrozón estás hecho!...

EL EQUIS.— (*Señalando la puerta.*) Y de ése... ni preocuparte.

PEPA.— ¿De ése?... (*Con desprecio.*) ¡Pues sí que estaba yo pensando en él!

EL EQUIS.— Lo más que puede pasar es que si se entera de que hemos hecho esa operación con la cría, pida su parte.

PEPA.— (*Furiosa.*) ¡Y una mierda también!... ¡Una mierda pinchá en un palo, fíjate!... Va a participar ése, ¿de qué? ¡Vamos anda!... (*Se levanta y se arregla el pelo contoneándose con ritmo oriental.*) ¡Pues sólo faltaría!...

EL EQUIS.— Pero ¡ven acá, tía!... ¿Tú qué sabes?

PEPA.— (*Rotunda.*) ¡Que te he dicho que no!... Si me he desprendío de esa muñeca ha sido pa colocarme contigo, que si no, ¿de qué?...

EL EQUIS.— Está claro... Pero hay que ver las cosas como son.

PEPA.— La cosa es que yo hago de mi hija lo que me sale del coño.

EL EQUIS.— Tu hija y la suya, oye...

PEPA.— ¿La suya?... ¿De qué?

EL EQUIS.— ¡Ah!..., ¿es que no es suya?

PEPA.— ¡La parí yo!... Yo solita, tío. Que me tuve que ir a urgencias yo sola, porque ése estaba donde estaba... ¡Vamos hombre!... De eso nada, monada.

EL EQUIS.— Mira, a mí me gusta hacer las cosas bien y con toda justicia. Como Dios manda. Y si la niña es de vosotros dos, la ganancia...

PEPA.— ¿Ganancia?...

EL EQUIS.— Que un padre es... un padre.

PEPA.— Y una madre es una madre... ¿Te jode?...

EL EQUIS.— Cuando se entere de que hemos vendido a la niña...

PEPA.— (*Triste de pronto.*) Vendido...

EL EQUIS.— Mujer, son maneras de hablar. Y, además, mejor es dejarlo. Mira, la cría no va a estar en mejores manos, porque esa gente..., la Yanki y el Jalifa, saben muy bien dónde colocarla. Así que la niña puede llegar adonde ni soñarlo podía con un padre como ése. ¡Lo que yo te digo!... De Orcasitas a la Arabia Saudí esa... Ya verás. Y no hemos hecho mal negocio, si mañana te dan la otra parte de la mercancía.

PEPA.— (*Un poco traspuesta.*) ¿La Arabia qué?... ¿Qué has dicho?

EL EQUIS.— Pues la Arabia, tonta... Por eso digo que habría que dar también un poco de gusto a ése.

PEPA.— (*Entre dientes.*) ¿A ése?... (*Gritando hacia la alcoba.*) ¡A ver cómo dejas limpio ese suelo!... (*Al Equis.*) Y yo voy a poner el agua a calentar.

EL EQUIS.— Ya verás cuando se entere de que hemos vendido a la niña...

PEPA.— ¡Y dale con el vendido!...

EL EQUIS.— ¡Son maneras de hablar, coño!... Las cosas se dicen como se puede. Digo vender como podría decir «cumplir un compromiso». Ni más ni menos. Que la niña ni siente ni padece, y nos puede hacer a todos un buen servicio. ¡A ver si te pones en razón de una puta vez!

PEPA.— (*Ella maniobra en el infiernillo.*) Bueno, tú dirás lo que quieras, pero que ése no prueba ni una pizca, ¡como me llamo Pepa!... Y no me explíco tanta pamplina con ese sinvergüenza, que el otro día si a poco te asa con las corrientes esas...

EL EQUIS.— (*Suelta una carcajada.*) ¿Asar?... ¿A quién, a mí?... ¿Al Equis?... ¡Vamos, hombre!... ¿A mí? ¡Vete ya, salmonete!... (*Se señala, jactancioso.*) Como que éste no venía ya prepara... Y ya viste lo pronto que

le puse fuera de combate... ¡Mira!... ¡A mí me iba a asar!... ¡Lo que es eso!... ¿Estando como estábamos tú y yo de acuerdo?... ¡Y aunque no hubiera sido así! Ya viste cómo le metí el cable por donde había que metérselo. Lo que es ése ya no chulea conmigo... ¡Y lo mansito que lo he puesto!... ¿O no?

PEPA.— ¡Hombre, es que la electricidad, oye...!

EL EQUIS.— Pero ¡Pepi de mi alma!... ¿Qué puede saber ése que yo no le haya enseñao?... ¿Eh?... ¿Me lo quieres decir?... Si le conocí donde le conocí y no era más que un choricete de mierda de Lavapiés.

PEPA.— Eso es lo que es y lo que seguirá siendo ¡un chorizo!...

EL EQUIS.— ¡Pero hombre!... Si lo poco que sabe, suponiendo que sepa algo, es lo que le enseñó el Equis. Que tampoco ha llegao a diquelar mucho, porque el tío tiene el coco más duro que una piedra.

PEPA.— ¡Dímelo a mí!...

EL EQUIS.— Él para lo único que vale es para eso, para servir a los demás... Yo le tuve de machaca en el talego y el chaval para eso de lustrar pinceles o darle a la fregona y tal, se defiende. Pero para otra cosa más delicada, ¡olvídale!... Por eso mismo, el tío quería tirar por la vía de la honradez... Y a mí eso, plim; que cada cual haga de su capa un sayo, que la libertad hay que respetarla, y no voy a ser yo el que me meta. Pero que te arrastrara a ti, sin comerlo ni beberlo, y te hiciera además una criaturita y te tuviera enchulada..., eso ya es harina de otro costal, tía. ¿O no me explico?

PEPA.— *(Con la jeringuilla en la mano.)* Hombre, y tanto que te explicas...

Pero lo que hay que hacer es pensar en lo que vamos a hacer con él.

EL EQUIS.— Tú déjame a mí... Déjame, que todo se andará. Ahora, ¡a triunfar!...

(Ella está agachada junto al infiernillo; parece una india centroamericana, de esas que amasan tortillas o maceran el mijo.)

PEPA.— Yo te digo una cosa, Equis, y que me quede aquí muerta ahora mismo si no es verdad: que si me he desprendió de mi niña, no va a ser pa aguantar a ése; y, una de dos, o me quedo enteramente libre, pero así de cuerpo entero, o...

EL EQUIS.— *(La requiebra.)* ¡Olé cómo hablas!...

PEPA.— O, de lo dicho, no hay na. Porque sí... ¡Huy, cómo está esto de caliente! *(Anda maniobrando la jeringuilla y el ácido. Se levanta sin terminar la frase con la jeringa en la mano como si fuera una boquilla de cigarrillo, adoptando una postura de cupletista de los años veinte.)* ¡Aquí está la... jeringuera! ¿Qué te parece?

EL EQUIS.— *(La requiebra.)* ¡Y olé!... ¡Tía buena!

PEPA.— *(Canturrea.)*

Como ave precursora
de primavera,
en abril aparece
la jeringuera...

(Y se da una vuelta garbosa.) (Sigue cantando.)

Que pregonando,
parece golondrina
que va... picando,
que va... picando...

EL EQUIS.— *(Siguiendo el juego, se remanga cantando al tiempo que le ofrece el brazo.)*

Deme usted una picaíta
que no vale más que un real...

PEPA.— *(Con ironía.)* ¡Sí, sí..., un real!...

EL EQUIS.— *(Bailotea con la jeringuilla en la mano. Él la coge por la cintura y la sienta en el sofá. Coloca su brazo desnudo y ella procede a la inyección.)*

Deme usted una picaíta
pa ponerme a... viajar.

PEPA.— *(Canta.)*

Tome usted la picaíta,
que la traigo mu bonita
pa que pueda viajar...

EL EQUIS.— *Vámonos a... viajar... (Tras la inyección de él sigue la de ella. Ambos suspiran de gozo abrazados sobre el sofá. Se abre la puerta del fondo y aparece el YIMI, con la fregona en la mano, implorando con ojos desesperados su ración de droga.) (Al verle.)* Pero ¿de dónde sale ese zulú?

PEPA.— *(Lánguida, imitando el acento antillano.)* ¡Ay, el pobre ezclavito!... Habrá que dale de latigasos... *(Simula darlos extendiendo el brazo.)*
¡Chu, chu, chu!... ¡Fuera, fuera!...

EL EQUIS.— *(Sigue el mismo juego.)* El negriyo ezte... ¿Qué quierez?... ¿Un poco de alpiste, pajarito?...

YIMI.— *(Va hacia el infiernillo y se apodera de la jeringuilla que dejó ella; se remanga el brazo febrilmente e intenta inyectarse dando gruñidos. Al no poder, se retuerce de impotencia, hincándose la aguja con rabia.)*
¡Hum..., hum..., hum...!

PEPA.— *(Al EQUIS.)* Pero ¡fíjate el chalao...!

EL EQUIS.— *(Con gran sorna.)* Lo que hacen los mayores... ¡Je, je!...

PEPA.— ¡Ay, qué leche!... ¡Anda negrito, pincha, pínchate!...

EL EQUIS.— Pero ¿no ves que está vacía, venao?

(El YIMI, en su atolondramiento, se echa encima el agua hirviendo del cazo que está sobre el infiernillo. Da un grito de dolor.)

PEPA.— ¡Que te abrasas, cafre!... *(Ella y el EQUIS se ríen.)* ¿Por qué no lo encierras ya?

EL EQUIS.— *(Silbándole como a un perrito.)* ¡Toma, toma, ven acá, ven!...
¡Ven con tu amito!... ¡Ven, que voy a darte un poco!... ¡Ven!... ¡Toma!...
¿No quieres una picaíta?

(Cuando YIMI, confiado, se acerca, le da un cadenazo en los brazos, que le hace soltar la jeringuilla de las manos)

y retroceder restregándose la parte dolorida. PEPA y el EQUIS se rien.)

PEPA.— ¡Anda, vuelve por otra!... *(Al EQUIS, por la cadena.)* Trae, dame a mí la ésa... *(Con la cadena en la mano.)* Ven..., ven pa acá, que te voy a dar yo una picaíta..

EL EQUIS.— *(Le silba, como a un chucho.)* Anda, ladra un poco... Ladra un poquito.. Si ladras y te pones a cuatro patas...

PEPA.— *(Tintineando la cadena.)* Y meneas el rabo...

EL EQUIS.— El rabito, chucho... ¡Vamos, menéalo!...

PEPA.— *(Con acento antillano.)* Anda, perrito... Venga p'acá con su amita, que le va a dá... la chichita...

(El YIMI, completamente atontado, mueve la boca como si fuera a emitir un ladrido.)

EL EQUIS.— *(Riendo.)* ¡Huy, qué tío!... ¡La leche que mamá!...

PEPA.— *(Moviendo la cadena.)* ¡Ven, ven aquí!... ¡Vamos!... ¡Toma, toma!...

EL EQUIS.— *(Le quita a ella la cadena.)* ¡Trae y verás!... *(Ante el retroceso del YIMI.)* Pero no te asustes, negrito..., que no te voy a hacer nada... *(Con acento antillano.)* Tate tranquilo, negrito..., que te vamo a da un poquito... Un poquito pa ti, negrito... *(Y va hacia el infiernillo.)*

PEPA.— Oye, ¿no lo irás a hacer en serio?

EL EQUIS.— ¿Tú no eres feliz ahora?

PEPA.— Como una vaca...

EL EQUIS.— Pues hay que hacer también felices a los demás. Los amos tienen que hacer felices a sus criados. *(Preparando la jeringuilla.)* Ven acá, chucho... Mira lo que estoy haciendo... Mira que cocha, que cochita ma rica le estoy preparando al nene...

(El YIMI no se confía.)

PEPA.— No se fía... Fíjate.

EL EQUIS.— *(Llega hasta el YIMI; le sujeta el antebrazo, con la jeringuilla dispuesta.)* Esto, por bueno... Por haber sido muy bueno... ¡Premio!... *(Le inyecta. El otro suspira agradecido.)* ¿Cómo se dice?

YIMI.— Gra...ciassss...

EL EQUIS.— *(Inyectándole más.)* Un poquito más....

PEPA.— *(Da un salto airada.)* Pero ¡bueno!... ¿Estás majara?... ¿Es que vas a gastarlo con ese mierda, con lo que hemos pagao?

EL EQUIS.— *(Apartándola.)* ¡Quita ya!... ¿Tú qué sabes?

PEPA.— *(Indignada.)* ¡El chorro que le has metío!...

EL EQUIS.— Anda, anda... ¡Qué sabes tú! *(Al YIMI, que está hecho un ovillo.)* ¿Eh?... ¿Qué te parece, tío?... ¿Lo notas ya?...

(El YIMI empieza a retorcerse de dolor.)

PEPA.— *(Observándole, curiosa.)* ¿Qué hace?

EL EQUIS.— Vas a ver cosa guapa... Ven aquí; vamos a sentarnos a ver la función a gusto.

(Se sientan en el sofá.)

PEPA.— Pero ¿qué le has dao?

EL EQUIS.— ¡Calla y mira!... Y no sueltes la cadena, por si acaso...

(El YIMI parece presa de un ataque epiléptico.)

PEPA.— ¡Huy, la leche!... Pero ¿qué le has metío?

EL EQUIS.— A ver si te creías que le iba a dar de lo nuestro... Esos lujos no se han hecho para ése. Fíjate, mira, mírale...

PEPA.— *(Viéndole retorcerse.)* Parece un gato rabioso, oye... Pero ¿me vas a decir qué le has dao?

EL EQUIS.— Una cosa baratita, tú verás...

PEPA.— *(Intrigada.)* ¿Qué cosa?

EL EQUIS.— Un chorrillo de aguarrás... ¡Eh, cuidao, que el tigre está furioso!...

(El YIMI ha hecho ademán de lanzarse contra ellos, pero cae sobre el infiernillo y se quema el brazo, y lanza un aullido de dolor.)

PEPA.— ¡Será bestia!...

EL EQUIS.— (*Apartándole con la cadena.*) ¡Atrás..., chucho!... ¡Fuera!...

(*El YIMI retrocede frotándose el brazo.*)

PEPA.— ¿Aguarrás?... ¿Y eso?

EL EQUIS.— Eso le deja fuera de combate una temporadita... Le da una fiebre de caballo que le dura unos cuantos días. Y se le va a poner el brazo más duro que el hormigón, ya verás. Hazte cuenta de que nos hemos librado de él para una semana, por lo menos.

(*El YIMI, efectivamente, tiritita de fiebre y jadea en el suelo.*)

PEPA.— ¿Y de qué sabías tú eso?

EL EQUIS.— De cuando estuve en el siquiátrico. Vamos, en el manicomio, para hablar claro. Cuando un tío se ponía así muy pesao, le metían un buen chorrizo de aguarrás y se quedaba en un rincón sin molestar unos cuantos días, hasta que se le pasaba la fiebre. Y luego, si vieras, daba pena mirarlos arrastrarse por el suelo para ir a buscar la comida... En el talego hacíamos lo mismo cuando alguno se pasaba....

PEPA.— ¡Hay que ver, qué adelantos!...

EL EQUIS.— Luego, cuando se les iba la calentura, no tenían fuerzas ni para ponerse de pie, y les dábamos un palo para apoyarse en él e ir a rastras como una serpiente.

PEPA.— ¡Huy, no me nombres la bicha!...

EL EQUIS.— Pues así vas a tener a ése...

PEPA.— ¿Y quién va a limpiarme todo esto?

EL EQUIS.— ¡Anda, leche!... ¿Y para qué quieres limpiar?

PEPA.— ¡Hombre!...

EL EQUIS.— Si es que necesitas un negro, yo te traigo otro. Los tengo a docenas.

PEPA.— (*Pone la mano sobre la frente del YIMI.*) ¡Jo..., cómo arde!...

EL EQUIS.— Déjale que arda, y vente para acá... ¡Venga!....

PEPA.— (*Se tiende en el sofá.*) ¡Ah..., esto es vida!...

EL EQUIS.— Aún hay clases.

PEPA.— (*Suspira.*) ¡Es tan bonito vivir, tío!...

EL EQUIS.— Dímelo a mí, que me he pasao tres años entalegao.

PEPA.— Y yo, pues ya ves, tonta de mí, viviendo con ése en plan chulo. Y queriendo tirar por el camino honrao... ¡La leche!... Y porque me piqué un poquito –na, el día aquel que tú viniste, con el poquito ácido aquél–, pues no sabes cómo se me puso; que me quería matar... Y, luego, la niña...

EL EQUIS.— Lo tenías claro, chica... ¡Anda, que si no llego yo a venir a esta casa!...

PEPA.— Has sío pa mí la salvación, chato...

EL EQUIS.— Podemos pasar unos días un poco regular, teniendo en cuenta que mañana recoges la otra parte...

PEPA.— Mañana, sin falta.

EL EQUIS.— ¡Hombre, eso está chupao!... Porque si no, iban a saber lo que vale un peine..., que a mí no me asusta el Jalifa...

PEPA.— ¡Huy, cuando les dije que tú...!

EL EQUIS.— O sea, ¡que a vivir y a triunfar!... *(Mete la mano por debajo de la bata de ella.)* ¿No crees que ya va siendo hora de que te pongas ligerita y nos amemos un rato?... *(Comienza a desvestirla.)*

PEPA.— *(Le ayuda.)* ¡Jodemos delante de ése, como el otro día?

EL EQUIS.— *(Desnudándose.)* No, no... Haremos el amor en un yate... En un yate, por las Bahamas...

PEPA.— *(Abrazándole.)* ¿Por las qué...?

EL EQUIS.— *(Cubriéndola.)* Por Miami..., Honolulu..., las Bermudas... ¡Y el Pakistán!

(Decrece la luz a medida que van quedándose desnudos. Suena el teléfono al tiempo que el YIMI se debate entre la crispación y la calentura.) (Telón.)

SEGUNDA PARTE

El EQUIS se encuentra vestido muy correctamente con su buen traje. La PEPA, por el contrario, está vestida casi pobremente: jersey arrugado, falda muy holgada, botas estropeadas, la cara sin pintar y desgredada. En el sofá, tapado con una manta hay un bulto: el YIMI, todavía presa de la fiebre, con sus jadeos y su respiración entrecortada.

EL EQUIS.— *(Tieso como un general, está observando a la PEPA.)* A ver, a ver... Los ojos, esos ojos...

PEPA.— ¿Qué pasa con mis ojos?

EL EQUIS.— *(Muy doctrinal.)* Los ojos son las ventanas del alma, como dijo... el que sea. Por los ojos de una jai se puede ver lo que hay por detrás. Así que hay que tener cuidado con la mirada. ¿Te vas enterando?

PEPA.— ¿Y qué más?

EL EQUIS.— *(Le coge la cabeza y se la baja.)* La mirada, al suelo.... *(Le saca el pañuelo del bolsillo.)* Y el pañuelito, en los ojos, así. ¿Ves?... *(Se pasea con la cabeza baja y llevándose el pañuelo a los ojos.)* Así, así tienes que estar, llorando, triste, desesperada. Tú verás, con el marido así, tan enfermo... ¿Tú me sigues?

PEPA.— ¡Jo, Equis, vaya rollo! ¿Otra vez?

EL EQUIS.— Y cincuenta. Las que hagan falta. Y nunca será «demasiado» con esta gente. Te lo digo yo, chica.

PEPA.— Pero si ya lo hemos entrenao...

EL EQUIS.— Tú hazme caso a mí. Mira lo que te digo: esa gente no entiende nada. ¿De diquelar y eso? Nada. Pero yo sé cómo las gastan. Se fijan en

detalles. En cositas. Por eso a simple vista, así a ojo, como quien dice, tienes que parecer eso, una esposa desconsolada, con el marido enfermo, inválido... Sin ayuda. To ese rollo, vamos... Y hay detalles que...

PEPA.— Pero ¿qué detalles, leche? Ya ves tú el suéter que me he puesto. ¡Pues anda, que la falda!... Y no digamos las botas. La chatarrera, a mi lao, parece una marquesa... ¿No te jode?...

EL EQUIS.— Tú no sabes lo que es esa gente... Serán muy socialistas y todo ese rollo. De acuerdo, pero nunca se sabe. Y como nunca se sabe, hay que cuidar los detalles hasta el mínimo. En seguida huelen el vicio. Vamos, quiero decir lo que ellos llaman vicio... Son capaces de inventarlo, porque piensan que uno, si no tiene vicios, es como si no existiera. Es su trabajo, porque de eso viven, tú dirás...

PEPA.— ¡Jo, tío!... Cuando te pones paliza...

EL EQUIS.— Paliza la que vas a llevar como no me hagas caso.

PEPA.— Bueno, oye... A ver si he salío de Málaga pa meterme en Malagón...

EL EQUIS.— (*Aparentando paciencia y sereno raciocinio.*) Ahora, chata, lo que importa es lo que importa, que nos saquen a ese muerto de aquí.

PEPA.— (*Llevándose la mano a la cabeza.*) Cuatro días igual...

EL EQUIS.— Si lo que importa es que nos quiten el estorbo, habrá que hacer las cosas con el coco, ¿no?

PEPA.— Yo ya te dije que no me importaba que...

EL EQUIS.— Si las cosas se pueden hacer por derecho y legalmente no hay por qué recurrir a la violencia, como te dije ayer. Veremos si sale la cosa un poco regular y no tenemos que molestarnos. (*Mira su reloj de bolsillo, sujeto con cadena, como en los buenos tiempos.*) Ya no pueden tardar. Así que vamos a ver si tenemos las cosas en orden...

PEPA.— (*Señalando el cuarto.*) Ya lo ves...

EL EQUIS.— Seré un rollo, una paliza..., lo que quieras. Pero que tengo mucho andao, y no me vas a enseñar tú a...

PEPA.— ¡Jo!...

EL EQUIS.— Tú lo que tienes que hacer es hablar poco o nada. Llorar como sabes; que a ti cuando te da la llorona no hay quien te pase la mano por la cara... Y adelante.

PEPA.— Estoy pensando que me podía poner el escapulario ese....

EL EQUIS.— No, mujer. Eso ya no se lleva.

PEPA.— *(Va a encender un pitillo y él se lo quita.)* No, no... Parecerá una tontería, pero no. Lo que te digo; que éstos son muy socialistas y lo que tú quieras, pero mejor que no te vean fumar.

PEPA.— Pues sólo me faltaba...

EL EQUIS.— Es un ratito nada más. Una vez «finiquitao» el asunto, y las cosas en regla, lo primero que hacemos es darnos una picaíta buena, y vas a ver tú la movida...

PEPA.— *(Suspira.)* ¡Ay...!

EL EQUIS.— Y ya tenemos la vida por delante, sin estorbos ni pijerías...

PEPA.— ¡Uff, quitarse de encima tanto rollo!...

EL EQUIS.— Y ya podemos ir pasando de todo. O sea, que es mejor tener ahora un poco de paciencia y disimular.

PEPA.— Pues lo que es yo, pa disimular...

EL EQUIS.— Tú déjame lo a mí en las manos. Tú a llorar y llorar. De lo demás me encargo yo. Oye, ¿no huele esto a algo?

PEPA.— A lejía. Y al zotal que he metido por tos los rincones...

EL EQUIS.— Yo es que desde que perdí el olfato en el Puerto de Santa María... Desde entonces no huelo nada... Y éste... *(Va al bulto del YIMI y lo observa.)* Me parece que está bastante potable. Por aquí no hay nada que temer. Este no rechista. Estuve cavilando si meterle otra inyección, pero podría no resultar. Yo creo que así está en su punto. Con una fiebre normal, demacrao, como es natural, con los ojos hinchados... Fíjate si no está pintiparao.

PEPA.— Ya lo creo...

EL EQUIS.— Las cosas tienen que estar en su punto. Ni más ni menos. Sin pasarse. ¿Comprendes? Que podamos dar bien el pego... Lo que hace falta es que no nos den plantón, porque en este país, ya se sabe... Y tenemos aún mucha tela que cortar.

PEPA.— A ver si es verdad que terminamos ya de una puta vez...

EL EQUIS.— Y yo, ¿que te parezco, Pepi?

PEPA.— ¡Hombre, tú!... Pues... que podías ser uno de esos de la banca, fíjate...

EL EQUIS.— *(Se contonea satisfecho.)* No, si yo... puedo entrar en muchos sitios sin que se percaten ni tanto así... No es por decirlo, pero ya te he explicao los pasos que tuve que dar, y no es por alabarme, pero siempre salí del trance. *(Suena el timbre de la puerta.)* Aquí está... ¡Anda, a tu sitio!...

(Se pone tieso. La PEPA va a la butaca, se saca el pañuelo y se lo lleva a los ojos. Él va hacia la puerta y la abre. Aparece el CHICO DEL BUTANO, con la bombona al hombro, que deja en el suelo con un gran golpetazo.)

EL DEL BUTANO.— ... ¡Tardes!...

PEPA.— *(Con el pañuelo en los ojos.)* ¡Ay, madre mía, qué pena!...

EL EQUIS.— *(Sorprendido.)* Pero... ¿esto qué es?

EL DEL BUTANO.— El butano... ¿Me da la vacía?

EL EQUIS.— *(A ella.)* ¿Qué butano es éste?...

PEPA.— *(Deja de llorar.)* ¡Si no usamos butano!...

EL EQUIS.— *(Enfurecido.)* ¡Largo ya de aquí, leche!

EL DEL BUTANO.— Oiga, oiga, oiga...

EL EQUIS.— ¡Ni oiga, ni...! ¿Te quieres largar ya o...?

EL DEL BUTANO.— ¡Eh, eh, eh...! Más despacio, tío... Más des-pa-cio.

EL EQUIS.— *(Intenta cerrar la puerta.)* Que le he dicho a usted que se ha equivocado, que aquí no...

EL DEL BUTANO.— ¡Un momento, un momento!... Oiga usted...

EL EQUIS.— *(Intenta cerrar la puerta.)* No tengo más que decirle. Hágame el favor...

EL DEL BUTANO.— Sin faltar, ¿eh?... Sin fal-tar...

EL EQUIS.— *(Conteniéndose.)* ¡Uy, la madre que lo parió!...

PEPA.— *(Se acerca para mediar.)* Se ha equivocado... Es que el chico se ha equivocado...

EL DEL BUTANO.— *(Crecido.)* ¡Un respeto!... Si uno se equivoca, pues un respeto...

(En la discusión, el BUTANERO se ha metido prácticamente en la habitación.)

EL EQUIS.— *(Empujándole.)* ¡Que cojas la leche esa y te largues!...

EL DEL BUTANO.— Es que un servidor viene con tol respeto, ¿no?... Y aquí, su señora de usted, o lo que sea, sabe que...

PEPA.— No, chico, no... Ya digo que te has equivocado...

EL DEL BUTANO.— Si ya me he percatado, ¡joé!... Si ya está... Pero que a mí no me se come nadie, que no me chulea nadie, vaya...

EL EQUIS.— *(Paciente.)* ¡Releche con el tío!...

EL DEL BUTANO.— ¡Que a mí no me putea ni mi padre!... ¿Se entera? ¡Ni mi padre!

PEPA.— *(Que esta ayudando al chico a cargar la bombona.)* Será aquí al lao... Dispensa, chico.

EL DEL BUTANO.— ¡Que no, hombre, que no!... ¡Que uno es un currante y no tie por qué aguantar malos modos!...

(PEPA, con su diplomacia, ha conseguido, al fin, cerrar la puerta, aunque siguen oyéndose los exabruptos del BUTANERO.)

PEPA.— ¡Jo..., vaya rollo!...

EL EQUIS.— ¡Me cagüen!... *(Observa por la mirilla.)* Y sigue ahí... Aún voy a tener que salir y...

PEPA.— *(Sujetándole.)* ¡Deja, ya está!...

EL EQUIS.— ¡Que me ha cabreado ese mierda!...

PEPA.— *(Que mira por la mirilla.)* Está hablando con una tía...

EL EQUIS.— *(Agitado.)* Debe de ser esa... ¡La asistente social!... Anda, anda a tu sitio... ¡Corre!...

PEPA.— Y el otro sigue ahí...

EL EQUIS.— *(Cogiéndola del brazo y llevándola a la butaca.)* ¡Que te sientes, coño!... *(Va al bulto del YIMI.)* Y éste, bien tapao... *(Suena el timbre. Va a abrir la puerta y a inclinarse ceremoniosamente.)* Muy buenas tardes tenga usted...

ASISTENTA.— Muy buenas... *(Entra una mujer con gafas, algo hombruna, que habla con cierta precaución y acento extranjero.)* ¿Doña Josefina González?...

(La PEPA se ha puesto a llorar. Fuera, en la escalera, aún se oye la voz del BUTANERO.)

EL DEL BUTANO.— *(En «off».)* ¡Qui ahí muerden, oiga!...

EL EQUIS.— *(Conteniendo la indignación.)* Haga usted el favor de pasar, doctora, y hágase la sorda... Ya sabe usted lo que pasa en estos barrios... Siéntese, doctora. Por favor...

(La que acaba de entrar parece observarle con cierta malicia, pero está muy en su papel.)

ASISTENTA.— De doctora nada, amigo..., aunque se agradece el cumplido.

EL EQUIS.— Usted perdone, señorita... ¿O señora?

ASISTENTA.— Puede llamarme como quiera.

EL EQUIS.— *(A la PEPA.)* Saluda a la señora funcionaria...

(La PEPA le tiende la mano. La funcionaria se sienta frente a ésta y la observa atentamente, con supuesto aire científico.)

EL EQUIS.— A ver si haces el favor, hija mía, de tranquilizarte un poco, porque así no puedes seguir... ¿Verdad, usted? *(Asiente la ASISTENTA.)* Y si has tenido una desgracia como ésa, vas a dar lugar a tener otra. Así lleva cuatro días, señora, y no hay quien la consuele. Claro, formaban una pareja tan bien avenida... De esos matrimonios que salen pocos. Ya me entiende usted... Y ahí tiene a ese pobre... Fíjese cómo está.

ASISTENTA.— *(Muy en su papel, sin hacerle caso, ha sacado de la cartera papeles, fichas, etc.)* ¿Cuál es el dictamen facultativo?

EL EQUIS.— *(Desconcertado.)* ¿El dictamen?

ASISTENTA.— ¿Qué ha dicho el médico?

EL EQUIS.— ¿El médico?... Pero señora, ¿qué médico va a tener una muchacha sin trabajo, sin el seguro de desempleo..., sin nada? Paraos como están los dos desde...

ASISTENTA.— Comprendo...

PEPA.— *(Llorando.)* ¡Ay, madre mía del alma!... ¡Virgen Santa de la Paloma!...

EL EQUIS.— Si ya se lo he dicho, señora; esto es el tercer mundo.

ASISTENTA.— Ya lo creo. ¡En fin!...

EL EQUIS.— El tercer mundo, ni más ni menos...

ASISTENTA.— Veré lo que se puede hacer... *(A la PEPA.)* Usted, lo primero, tranquilizarse, porque si cae usted también enferma... ¿Quiere que le dé un tranquilizante?...

PEPA.— *(Dando un respingo.)* ¡Ay, madre mía!...

EL EQUIS.— *(Detiene a la ASISTENTA.)* No, no se preocupe... Déjelo de mi cuenta...

ASISTENTA.— Tendremos que hablar con cierta tranquilidad... Deberá serenarse...

(Suena el timbre de la puerta.)

EL EQUIS.— Con su permiso... *(Pone el ojo en la mirilla, pero no llega a abrir.)* Es el chico ese que... *(Grita al de afuera.)* ¡Que ya le hemos dicho que aquí no usamos butano!... Mira que le ha dao buena...

ASISTENTA.— Sí, estaba diciendo que le habían dado con la puerta en las narices y no sé qué más.

EL EQUIS.— Fíjese... Y con un enfermo grave... ¿Qué digo el tercer mundo? El cuarto o el quinto...

(La PEPA ha ido renqueante hasta el bulto del YIMI y entona un planto de trémolos egipcios.)

PEPA.— ¡Ay, Dios mío!... ¡Mírele!... ¡Qué pena de hombre, en la flor de la edad!... ¡Mírele al pobrecito!... ¡Un chico tan bueno!...

EL EQUIS.— *(Coge a la PEPA y le da unos golpecitos en la espalda.)* Vamos, hija, vamos. Consuélate, que aquí está la señora para ayudarte...

(Cruza una mirada con la funcionaria que indica conmiseración.)

ASISTENTA.— Una pena, sí señor... Pero esto pasa en una casa y en la otra también. ¡Con tanto paro y tanta miseria! *(A la PEPA.)* Pero con llorar y descomponerse no logra usted nada, querida... No hay más remedio que «posicionarse» y encarar la situación como viene. Tendremos que hacer un informe previo al objeto de cuestionar, a nivel familiar y con toda exhaustividad, el cuadro biosíquico y determinar el campo de..., de... circunstancias que le han llevado a la situación actual.

(Ante la andanada seudocientífica de la funcionaria, la PEPA se queda muda de estupor, mientras el EQUIS sonríe con suficiencia como diciendo: «¿Qué te decía yo...?».)

PEPA.— (*Grita.*) ¡Ay, que ya lo veo, que ya lo estoy viendo!... ¡Que habrá que encerrar al pobrecito y llevarle a un manicomio..., y quedarme sin él!... ¡Y eso, no, no!...

ASISTENTA.— Mujer... Vamos, mujer...

EL EQUIS.— (*A la ASISTENTA.*) Ésta lo ve siempre todo negro. No hay manera de explicarla que hoy, con tanto adelanto, casi todo tiene arreglo...

ASISTENTA.— Claro. Y si es necesario internar al paciente en un lugar idóneo, donde existe una tecnología avanzada...

EL EQUIS.— (*A la PEPA.*) ¿Lo estás viendo?

PEPA.— (*Alzándose iracunda.*) ¡Pues yo no quiero, no quiero, ea!... ¡No quiero ver a mi compañero del alma en su sitio de éstos!...

EL EQUIS.— Siéntate, mujer y escucha con serenidad.

PEPA.— (*Retorciéndose entre el EQUIS.*) ¡Aunque tenga yo que pedir limosna!...

ASISTENTA.— Vamos a ver, veamos... (*Saca más fichas, las extiende, etc.*) Okey...

EL EQUIS.— Tienes que comprender, hija, que aquí no lo puedes tener. Ya has visto qué cuatro días de martirio en esta vecindad. ¡Menuda vecindad!... Ya has visto el chorizo ese del butano. Usted misma, señora, ha visto cómo nos insultaba, encima que se equivocó de puerta... ¿Qué le parece?

ASISTENTA.— Ahora no se puede vivir... Con tanta delincuencia, tanta inseguridad ciudadana... El otro día, sin ir más lejos, a una amiga mía la tiraron del bolso y, como no lo soltaba, la dieron con una cadena en el brazo, que se lo han roto por cuatro partes. (*Señalándose.*) Por aquí, por aquí, por aquí y por aquí.

EL EQUIS.— ¡Qué barbaridad!... ¡Qué cafres!... ¡A éstos los cogía yo y...!

PEPA.— ¡Ya podrán con una pobre mujer!...

EL EQUIS.— Por eso digo que aquí no puede quedarse. Esta chica tiene que salir, dejarle solo; fíjese... Así que lo ingresa donde sea, que estará mejor atendido. ¿No es verdad?

ASISTENTA.— Imprescindible... Eso es imprescindible.

EL EQUIS.— (*Pasándole la mano por la cara a la PEPA.*) Y tú puedes estar con él haciéndole compañía...

PEPA.— (*Dando un respingo.*) ¡Huy no...! ¡Eso, no!

ASISTENTA.— Es que en España aún no nos hemos «concienciado» suficientemente de que la enfermedad hay que tratarla a nivel clínico y en lugar «ad hoc».

(Ha sacado el paquete de cigarrillos y ofrece. La PEPA y el EQUIS rechazan.)

PEPA.— ¡Huy no, no gasto!...

EL EQUIS.— Yo es que estoy acostumbrao al... negro. Pero se agradece...

ASISTENTA.— *(Apuntando.)* ¿Y dice que lleva cuatro días...?

EL EQUIS.— Con hoy, cinco.

PEPA.— *(Como el eco.)* Cinco...

ASISTENTA.— *(Sigue su apunte.)* Cinco. Y... a ver... ¿Cómo se llama?

PEPA.— ¿Quién, el Yimi?...

EL EQUIS.— *(Acudiendo al quite.)* El enfermo se llama Cayetano Morales García.

ASISTENTA.— ¿Edad?

EL EQUIS.— *(A la PEPA.)* ¿Eh?

PEPA.— No ha cumplido los treinta...

ASISTENTA.— Tendrá que dejarme la tarjeta de identidad y el...

EL EQUIS.— Ahora mismo...

ASISTENTA.— ¿Estado?... ¿Soltero?

PEPA.— *(Tristemente.)* Soltero...

EL EQUIS.— *(Dando casi un grito.)* ¿Cómo?... ¡Casado, casado!... ¡Ay, Pepa! No sé cómo tienes hoy la cabeza... Estás... Menester será que te calles y me dejes a mí...

PEPA.— No sé lo que me digo. Pero, ¡casaos, casaos!... Por la Iglesia, claro.

EL EQUIS.— *(A la ASISTENTA.)* Más vale que me interrogue usted a mí, porque esta pobre...

ASISTENTA.— Le advierto que por estas cuestiones no hay que preocuparse. Nuestra legislación está avanzando mucho, como habrán podido comprobar si ven la tele o leen algún medio de comunicación... Hoy día, por más que queden algunas lagunas legales, después de tantos años de atraso, la situación de la mujer está mejorando mucho, y ya se nos equipara a solteras y casadas en el mismo plano de legalidad, en base a los derechos convivenciales. O sea, que podemos poner «casado»... ¿Tiene alguna profesión definida?

PEPA.— *(Rotunda.)* Unas manos de oro es lo que tiene el pobrecito... ¡Qué manos, oiga usted!...

EL EQUIS.— *(Vuelve a darle unas palmaditas en la cara.)* ¡Bueno, bueno...!, pero cállate, cállate... *(Dirige una mirada a la funcionaria que denota comprensión y tristeza.)* El muchacho, como profesión, vamos, a nivel de oficio, instrucción y eso, pues ya me entiende usted; hoy esto, mañana lo otro... A lo que va saliendo. Siendo joven y con tanto paro...

ASISTENTA.— Claro, claro... ¿Sabe leer y escribir?

PEPA.— *(Impulsiva.)* ¡Toma, no!...

EL EQUIS.— Los estudios correspondientes a nivel de básica.

ASISTENTA.— Y, claro, no estará asegurado, al no haber estado fijo en ninguna empresa, ni pertenecer a ninguna central sindical...

EL EQUIS.— No, señora. De eso, nada. El chaval curraba, perdón, trabajaba como ambulante. Ya me entiende usted...

ASISTENTA.— Entiendo...

PEPA.— ¡Ah, pero donde ponía las manos lo dejaba pintao!

ASISTENTA.— ¿Hijos?

PEPA.— ¡Ay!...

EL EQUIS.— Una criaturita..., que murió.

ASISTENTA.— ¿De qué?

PEPA.— ¡Ay, qué pena tan grande, qué pena!...

EL EQUIS.— De eso sería mejor hablar en otra ocasión...

ASISTENTA.— Comprendo... ¿Antecedentes familiares?

EL EQUIS.— ¿Antecedentes? Ninguno. Faltaría más...

ASISTENTA.— ¿Cómo?

EL EQUIS.— Digo que...

ASISTENTA.— Me refiero a sus padres, y eso...

EL EQUIS.— ¡Ah, ya!...

ASISTENTA.— ¿Viven sus padres? ¿Sabe qué enfermedades han padecido o padecen?

EL EQUIS.— Sus padres viven y gozan de muy buena salud.

(Tras una pausa, un poco espectacular.)

ASISTENTA.— ¿Droga?

EL EQUIS.— ¿Cómo dice?

PEPA.— *(Tapándose la cara con horror.)* ¡Huy, qué horror!...

EL EQUIS.— Mire, por no tener vicios el pobre, ni aun fumaba. Y sin una pelea, figúrese...

ASISTENTA.— Así que... (*Revolviendo las fichas, haciéndose un lío.*) Bueno, a ver...

EL EQUIS.— El pobre empezó con eso de siempre; que me duele mucho la cabeza, que no puedo más, que me mareo, que me tiro por la ventana... Lo normal.

PEPA.— ¡Y con la cabeza que tenía!...

EL EQUIS.— Luego, empezaron las manías... Decir a esta pobre que lo tenía secuestrao..., quererla maltratar, romper cosas... Así que esta infeliz me llamó para que la echara una mano. Yo soy amigo de ellos hace una porrá de años... Hasta que, por fin, le dio ese calenturón, y ahí sigue...

ASISTENTA.— (*Observándola con el bolígrafo y la ficha en la mano.*) ¡Tan joven!... ¡Qué pena!... ¿Y no se aclara?

PEPA.— Está amodorraíto, el pobre...

EL EQUIS.— Mucha fiebre, mucha...

PEPA.— Y fíjese lo guapo que es, señora...

ASISTENTA.— Ya, ya...

EL EQUIS.— (*Que ha vuelto a cubrir al YIMI con la manta.*) Ya ha visto usted...

ASISTENTA.— (*Clavando en el EQUIS una mirada penetrante.*) Creo que podrá hacerse algo...

EL EQUIS.— ¿Usted cree?... (*Ella afirma con la cabeza.*) ¿Ingresarlo en un...?

PEPA.— (*Fingiéndolo.*) ¡No, no, eso sí que no!... ¡No, oiga, por favor..., eso, no...!

EL EQUIS.— Cálmate, mujer, cálmate... (*Recalcando las palabras.*) Habrá que hacerlo urgentemente, porque no se puede seguir en esta situación...

ASISTENTA.— Yo hago el informe, lo presento, para que se proceda a formar el expediente, y ya veremos. Las cosas de palacio van despacio, y siempre hay muchos palillos que tocar.

EL EQUIS.— ¿Así que la cosa puede ir para largo?

ASISTENTA.— Para muy largo... A no ser que haya alguien..., ya me entiende usted, que lo active desde dentro. La burocracia...

EL EQUIS.— Pero en un caso así, tan claro...

ASISTENTA.— ¡Huy, casos hay peores!... Si ustedes vieran... Será lo que diga la junta facultativa... Ahora necesito que me firmen aquí...

EL EQUIS.— ¿Dónde?

ASISTENTA.— Usted, no. La señora, la interesada...

PEPA.— (*Aterrada.*) ¿Yo, firmar?... ¿Firmar para que lo encierren?

EL EQUIS.— Mujer, no seas tonta...

ASISTENTA.— No siendo cosa incurable, será cuestión de una temporada de internamiento, y nuevo otra vez.

EL EQUIS.— (*A la PEPA.*) Anda, firma, firma... Yo te ayudo, para que no tiembles...

(La ASISTENTA presenta sólo un trozo de la ficha. La PEPA, un tanto melindrosa, porque apenas sabe firmar.)

PEPA.— Es que me da no sé qué... Como si fuera pa matarle...

EL EQUIS.— Deja que te lleve la mano, que tú no tienes pulso... (*Con una mano le sujeta la cabeza por la frente, casi tapándole los ojos, y con la otra le ayuda a trazar la complicada firma.*) Eso es... (*Le da un beso.*)

ASISTENTA.— (*Guardando rápidamente las cosas en la cartera.*) En fin, ¡qué se le va a hacer!... Tendrán ustedes que presentar la partida de matrimonio y toda la documentación. Ya les avisarán...

EL EQUIS.— Todo lo que haga falta... Lo que sería menester es que fuera pronto, porque ya ve usted que es cosa de urgencia...

ASISTENTA.— (*Ha cogido la cartera y se encamina hacia la puerta.*) Si se produjera una crisis violenta, que corriera peligro la señora... En ese caso, llamen a este teléfono... (*Entrega al EQUIS una tarjeta.*)

EL EQUIS.— (*Cogiéndola.*) ¿Aquí?...

ASISTENTA.— Vendrían a recogerlo en la ambulancia, pero sólo en un caso extremo.

EL EQUIS.— ¿Y si no...?

ASISTENTA.— Esperemos que no sea necesario.

PEPA.— ¡No quiera Dios, ni la Virgen Santísima...!

ASISTENTA.— Tiene que ser sólo en caso de extrema violencia, como les digo.

EL EQUIS.— Pero ya ha visto usted que...

ASISTENTA.— No se preocupe, que todo irá bien.

EL EQUIS.— En una situación tan...

ASISTENTA.— ¿Qué me va a decir a mí? ¡He visto tantas cosas en los años que llevo metida en esto!... Y todavía me impresiona. Le prometo que haré lo posible para que el traslado se resuelva pronto, muy pronto. Recibirán ustedes el aviso.

EL EQUIS.— ¡En fin, que sea lo que Dios quiera!... *(A la PEPA.)* Despidete de la señora...

PEPA.— *(Abrazándose a la funcionaria, deshecha en llanto.)* ¡Ay, qué desgracia la mía, señora!...

ASISTENTA.— *(Compungida.)* Vamos, vamos, criatura, no se ponga usted así... Y no sea pesimista, que todo se arreglará. No hay que ver las cosas tan negras, y, además, es usted muy joven y muy bonita para...

(Ha llegado a la puerta. La nariz del EQUIS atisba tras la mirilla para ver si hay moros en la costa.)

EL EQUIS.— La acompañaré hasta el portal, no vaya a estar aún ahí ese loco...

ASISTENTA.— ¿Qué loco?

EL EQUIS.— El otro, el del butano.

ASISTENTA.— ¡Ah, bueno!...

EL EQUIS.— Me va a permitir que la acompañe, porque en estos barrios no sabe uno nunca con quién puede toparse...

ASISTENTA.— Como usted quiera. Es usted muy amable.

EL EQUIS.— ¿Tiene el coche abajo? *(Volviéndose a la PEPA.)* Vuelvo en seguida. No abras a nadie.

(Salen. La PEPA da un saltito de alegría, como quien se ha quitado una gran molestia de encima. Tira el jersey para arriba y se desnuda de medio cuerpo. Va hacia el bulto del YIMI y le saca la lengua. Canturrea dando saltitos y se mete en el dormitorio. Tras unos segundos, el bulto del YIMI empieza a moverse. Unas manos huesudas apartan la manta que le cubre y el propio YIMI se yergue hasta quedar sentado en el sofá. Se pasa la mano por la cara y se aprieta los ojos. Carraspea. Se lleva la mano a la garganta. Hace esfuerzos para ponerse de pie y lo consigue con mucha dificultad. Una vez de pie, vuelve a llevarse la mano a la cabeza como si se mareara. No parece oír el canturreo de la PEPA en el dormitorio. Parece un auténtico zombi, un resucitado. Se abre la puerta de la alcoba y aparece la PEPA cepillándose el pelo, en ropa interior.)

PEPA.— ¿Ya has vuelto...?

(El YIMI, en un arranque, se lanza hacia ella como un tigre, y ella, aterrorizada, al darse cuenta, logra meterse en el cuarto y atrancar la puerta. Con los pies, con los puños, con la cabeza, incluso, el YIMI comienza a dar golpes sobre la madera.)

YIMI.— ¡Mala puta, mala puta, mala puta!... ¡Abre que te voy a... a cortar el... gañote!... ¡Te voy a sacar... las, las tripas!... ¡Te voy a...! ¡Me, me, me... he enterao de to, de to...! ¡Hijaputa, te ra, te ra, te rajo!... ¡Huy, la, la...! ¡No empujes la puerta, que te rajo!... ¡Te voy a...!

(Se pone a buscar frenético, casi arrastrándose por el suelo, alguna cosa con que echar abajo la puerta.)

PEPA.— *(En «off».)* ¡Socorro!... ¡Auxilio!... ¡Que me mata!... ¡Que sa vuelto loco!...

YIMI.— *(Furibundo.)* ¿Me, me, me vais a... a... encerrar, a encerrar?...

(Se oye cierto revuelo entre los vecinos. Alguien discute en la escalera y, en la discusión, sobresale la voz del EQUIS, que, por fin, abre la puerta y se encuentra, de pronto, con la escena.)

EL EQUIS.— Pero ¿qué leche pasa...?

YIMI.— *(Lanzándose contra él.)* ¡Cabrón...!

(El EQUIS lo deja fuera de combate de un mandoble. Va a abrir la puerta del dormitorio y acoge a la PEPA, que se abraza a él.)

EL EQUIS.— ¡Abre, abre, que soy yo!...

PEPA.— ¡Ah, por fin!...

EL EQUIS.— Pero ¿será posible?... ¿Será posible, coño?... ¿Es que no se os puede dejar solos?

PEPA.— ¡Figúrate que, de pronto, me lo encuentro ahí, de pie, como si na!...

EL EQUIS.— (*Volviéndose hacia el YIMI.*) Pues sí que se te ha pasao pronto la...

PEPA.— ¡Ay, Equis!...

(El YIMI, recobrado, vuelve a lanzarse contra el EQUIS, pero éste, con un fuerte empujón, lo lanza contra la pared, que le deja medio atontado.)

EL EQUIS.— ¡Te voy a a...! (*Saca la cadena que llevaba debajo de la chaqueta.*) ¡Pero... coño!...

PEPA.— (*Animándole a pegarle.*) ¡Dale, dale fuerte!...

(Ha cogido al YIMI por el cogote y, con la otra mano, le amenaza con la cadena.)

EL EQUIS.— ¡Te voy a partir el coco, so cabronazo!...

YIMI.— ¡Jo...puta!... ¡Maricón!

(El EQUIS ha echado la cadena por el cuello al YIMI como si fuera a ahorcarle y lo amarra a la puerta.)

EL EQUIS.— ¡Te voy a poner aquí de portero!... ¡Aquí, bien amarrao!... Si viene alguien y ve tu jeta, le va a entrar un susto que va a salir corriendo a toda pastilla escaleras abajo. ¿Qué te parece?

PEPA.— ¡Fenómeno!... Es pa lo único que vale.

YIMI.— ¡Me, me, me... las vais a pagar; por la leche que mamé, que me las vais a pagar!...

(El YIMI ha quedado prendido por el cuello y parece un murciélago, ensartado en la puerta.)

EL EQUIS.— (*Volviéndose a ella.*) ¿Qué te parece este portero automático?

PEPA.— ¡Fenómeno, tío!... Está que ni pintao...

EL EQUIS.— (*Mirándole despectivo.*) Si en este mundo todos hemos nacido para algo. Tú naciste para esto: para servir de portero y limpiar los zapatos...

PEPA.— *(Que se ha plantado delante de YIMI y le lanza un escupitajo.)* ¡Y quería cortarme el gañote este mierda!... ¡Cortarme el gañote a mí!... ¡Anda, córtamelo!

YIMI.— ¡Me las ties que pagar toas juntas, por la leche que mamá!...

EL EQUIS.— *(Coge a la PEPA por el cuello y la hace girar hacia él; le da un beso en la boca y la lleva hacia el sofá.)* No seas mala, tía... Déjale ya que se pudra. Hay que tener consideración con los enfermos. Y ya ves que nos puede hacer un buen servicio.

PEPA.— ¿Ése?... ¿Un buen servicio? Como no sea de murciélago.

EL EQUIS.— *(Se quita la chaqueta y desanuda la corbata; luego, se remanga y se pone cómodo.)* Pronto vamos a librarnos de él..., ya verás.

YIMI.— *(Dando fuertes tirones a la cadena que hacen temblar la puerta.)* Eso... lo, lo... lo veremos. De, de, de mi... no, no...

EL EQUIS.— *(Autoritario.)* A ver si te estás con la boca cerradita, ¿eh? ¿O quies que te meta otra banderilla de fuego?... ¿Es que te gusta el aguarrás?

PEPA.— Ya se la tenías que haber puesto, y que nos dejara tranquilos de una puta vez, ¡leche!...

EL EQUIS.— ¡Déjale!... En seguida vendrán por él... *(Al YIMI.)* Hemos llamao al carro de la basura... Los que no valen para nada, como tú, ¡a la basura!...

YIMI.— *(Con voz de borracho, lloroso.)* Pero..., pero... ¿qué te he hecho yo..., Equis?... ¿Qué te he hecho?...

EL EQUIS.— ¿Te vas a callar?... ¿O te meto un cadenazo en la chorla pa que se te enciendan las pilas? *(A la PEPA.)* ¿Qué?... ¿Le encendemos las pilas al portero automático?

PEPA.— *(Queriendo cogerle la cadena.)* ¡Trae que se las encienda yo!...

EL EQUIS.— ¡No, quita!... Que ahora te voy yo a dar un gustillo...

YIMI.— *(Amenazador.)* Tan..., tan..., tampoco... os escaparéis vo..., vo..., vosotros de..., de..., ¡la basura!...

(Y sigue diciendo incoherencias.)

EL EQUIS.— Como no te la envaines, te meto una bolsa de plástico en el testuz...

PEPA.— *(Animándole.)* ¿Quieres que traiga una?

EL EQUIS.— ¡Déjale!... Y ven aquí... *(Al YIMI.)* Como no venga a salvarte el del butano ese..., o el Supermán...

(Y saca varias cosas del bolsillo, entre éstas un monedero, que balancea en el aire ante los ojos sorprendidos de la PEPA y el YIMI.)

PEPA.— ¿Qué es eso?

EL EQUIS.— ¿Esto?... ¿Qué va a ser? ¿Para qué te crees que uno es galante con las señoras?... ¡Mira, Yimi!... ¿Qué te parece? *(A la PEPA.)* Se lo he sacao a la tía esa... ¡A ver!... ¿Te crees que iba a acompañarla de gratis? *(Al YIMI.)* ¡Fíjate, macho!... ¿Sé o no sé de mangancia?

YIMI.— Lo, lo... lo que te enseñó el Tinto de Valencia..., ¡porque tú!...

EL EQUIS.— *(Indignado.)* ¿A mí?... ¿A mí me enseñó nadie?... ¡Te voy a a...!
¡Bah, olvídate ya, y a ver si vas aprendido algo, tío...!

PEPA.— ¿Ése?... ¿Te va a llegar a la suela del zapato?

EL EQUIS.— Figúrate, que la llevaba la tía en el carterón aquel, y tuve que meterla bien la mano...; que, por cierto, tiene las carnes muy en su punto, la funcionaria.

PEPA.— *(Ansiosa.)* Abre, abre a ver qué hay...

YIMI.— *(Profético.)* La, la..., la muerte...

EL EQUIS.— *(Sin oírle.)* ¿Qué va a haber aquí?... Ya lo ves..., papeles..., chatarra y... ¡Ostia!... *(Va sacando las cosas. Saca hasta cinco o seis billetes de a mil.)* Apretaos en el forro, oye... Uno, dos, tres... ¡Cinco mil dures!... ¡Toma castaña!

YIMI.— *(Carraspeando.)* Me..., me..., me ahogo... ¡Me... ahogo!

EL EQUIS.— *(A la PEPA.)* Anda y aflójale un poco la cadena.

PEPA.— *(Con malísima intención.)* ¡Se la aprieto más!

EL EQUIS.— *(Deteniéndola.)* No, mujer, ¡déjale!... Que se ahogue él solo. *(Volviendo al tema del bolso.)* No sé por qué me lo maliciaba... que la tía pechugona llevaba algo. Estas funcionarias cobran buenos «moneys»... *(Al YIMI.)* ¿No decías tú que yo había perdido facultades en el talego? A ver si tú eres capaz de...

YIMI.— *(Fanfarrón.)* Suéltame... Suéltame y te lo demuestro... ¡Me cagüen!...

PEPA.— *(Que ha cogido los billetes.)* Dámelos pa comprar unos granillos...

EL EQUIS.— *(Quitándose los y guardándose los en el bolsillo.)* Con esto, con lo que te den mañana por la muñeca..., y los que nos den por ése...

PEPA.— *(Despectiva.)* ¿Por eso?... ¿Qué nos van a dar por un murciélago?

EL EQUIS.— Tú déjame a mí, que lo tengo bien planeao... Si vinieran a por él... Pero ¡qué va!... ¡En este país!... Si fuera en América, ya estaría aquí

la ambulancia con los loqueros y toa la ostia... Pero ¡aquí!... Aquí tiene uno que aguantar a un majara hasta que les salga de los cojones.

YIMI.— (*Retorciéndose.*) A... acuérdate del..., del...

EL EQUIS.— Y ahora, ¡A ver si me puedo relajar un poco, leche, después del trago que me habéis dao!...

PEPA.— ¡Ése ha tenío la culpa!...

EL EQUIS.— Mira que asustarse de un pingajo... Me has decepcionao, tía...

PEPA.— Porque me lo encontré de pronto ahí, como un....

YIMI.— ¡No te vas a escapar, mala puta!

EL EQUIS.— (*Vuelve a sujetarla cuando intenta irse hacia el YIMI.*) ¡Que lo dejes ya!... Para lo que va a estar ahí...

PEPA.— Bueno..., ¿vamos a hacer algo, o no?

EL EQUIS.— (*La aparta con cierta brusquedad.*) Sí..., pero déjame un poco...

PEPA.— ¿Es que ya ties el mono, o qué?

EL EQUIS.— (*Nervioso.*) ¡Es que no tienes espera!.. No vivís más que para una cosa. Como si en la vida todo fuera el chute... y sólo eso. No acabáis de mentalizaros de lo que es esta vida, leche... Anda, acércate...

PEPA.— (*Ella se acerca al ver que el EQUIS ha sacado un estuche de agujas hipodérmicas.*) ¡Ya era hora, paliza!... (*Y se descubre el brazo.*)

YIMI.— (*Lloriquea.*) ¿Y yo qué he hecho pa que no...?

EL EQUIS.— (*Cortante.*) ¡Que me olvides ya....!

PEPA.— (*De rodillas ante el EQUIS.*) Una chorraíta buena, jefe...

EL EQUIS.— (*Observa el brazo y pasa suavemente la mano por éste. Le besa el brazo.*) Un brazo tan bonito, tan redondo, y picaíto...

PEPA.— ¡Bueno!...

EL EQUIS.— Mira, mira cuantas picaítas... Una, dos, tres, cuatro...

YIMI.— ¡Se picaba la tía a mis espaldas!...

EL EQUIS.— (*Sigue contando.*) Cinco, seis, siete... (*Va señalando con un leve pinchazo de la aguja cada marca.*) Condecoraciones de fuego... Marquitas de placer, ¿eh?...

PEPA.— ¡Ni que fueras un bofia!...

EL EQUIS.— (*Sonríe.*) Te voy a dar yo a ti... (*Al YIMI, que hace sonar la cadena.*) ¿Te vas a estar quieto ya con la cadena? ¿O es que me quieres recordar el talego?

YIMI.— ¡El talego pa ti pa siempre, joputa!...

EL EQUIS.— *(A la PEPA.)* Primero, habrá que tapar estas picaítas tan feas...

Una «jai» como tú no puede ir por ahí con esta mierda. Máxime si va a ser mía... Porque vas a serlo, ¿no?

PEPA.— *(Arrobada.)* Sí, tu hembra; tuya pa siempre...

EL EQUIS.— *(Con una aguja larga en la mano.)* Por eso lo primero que voy a hacer es disimular esto con un dibujo que voy a hacerte... Vas a ver mi arte... Trae acá...

PEPA.— *(Esconde el brazo.)* ¿Me vas a....?

EL EQUIS.— A ponerte un tatuaje, una marca... La mía.

PEPA.— *(Escapando de él.)* ¡No, no quiero tatuajes!... ¡No!...

YIMI.— *(Dando un tirón a la cadena.)* ¡Híncala, clávasela bien!... Es una cucaracha, una culebra...

(Ha conseguido atraparla y la lleva arrastrando hacia el sofá. El YIMI hasta le da un puntapié desde su atadura.)

EL EQUIS.— ¿Te crees que vas a escaparte?... ¡Antes te voy a marcar, porque eres mía!...

PEPA.— *(Defendiéndose.)* ¡No, no, no quiero!... ¡No!...

EL EQUIS.— *(Obligándola a arrodillarse ante él.)* Te voy a poner una marca., una marca de fuego..., ¡como me llamo el Equis!...

PEPA.— *(Queriendo desasirse.)* Luego, luego... Primero, dame...

EL EQUIS.— *(Sujetándola bien.)* Primero, te marco, te pongo mi nombre, como se lo puse a todos... *(Señala al YIMI.)* Que te diga ése... A mis «jais» las señalo a tres colores.

PEPA.— *(Con rencor.)* ¡A ti sí que te puso el rejón en el culo el Americano!... ¡Acuérdate!

EL EQUIS.— *(Clavando hondo la aguja a la PEPA.)* Yo soy maestro en esto de las marcas...

(Ella grita.)

YIMI.— El mejor está en Ocaña... ¡Y tú sabes quién es!

EL EQUIS.— *(Va hacia el YIMI y le abre el mono hasta descubrirle el pecho, donde hay tres señales.)* ¿Mejor que yo?... ¿Quién te marcó a ti?... *(Le pasa la mano por el pecho con indudable placer. El YIMI parece apla-*

carse.) ¿Quién te puso estas marcas? Una por mí... Otra, por... quien tú sabes... Y la otra por...

YIMI.— ¡Por lo nuestro!...

EL EQUIS.— (*Le pasa la mano por la cara.*) ¡Calla!... O te callas, o te meto una bolsa de plástico como la que le metí al Catalán el día que se chivó.

YIMI.— (*Exaltado.*) ¡Fui yo!... ¡Yo, para vengarte!... Fue el día de las moscas en el caldo...

EL EQUIS.— (*Chulo.*) ¡Olvídame, tío!... (*Volviéndose a ella.*) A mi Pepi la voy a tatuar una araña..., con su tela... Una tela... para cazar las moscas. La mosca..., la mosquita...

(Le da varios pinchazos que le hacen soltar otros tantos gritos.)

PEPA.— ¡Ay, ay, ay....! ¡Ay, Equis!...

EL EQUIS.— Mi marca... (*Le grita.*) ¡Y no llores, tía!... ¡Una «jai» como tú no llora!

PEPA.— (*Tragándose las lágrimas.*) No, no, no... lloro...

YIMI.— (*Enardecido.*) ¡Híncala!... ¡Híncasela bien!...

EL EQUIS.— (*Con sadismo.*) A ti sí que te voy a hincar yo... ¡Para celebrar nuestra fiesta!...

PEPA.— (*Queriendo estar zalamera.*) Es que... si me dieran una chorraíta primero, pues...

EL EQUIS.— (*Que ha empezado ya la meticulosa labor del tatuaje.*) Estas cosas... hay que hacerlas con el coco bien claro. Es un trabajo de precisión, como el de los relojeros o los joyeros... Ya habrá tiempo para colocarse... los tres.

PEPA.— (*Sorprendida.*) ¿Los tres?... ¿Ese también?

YIMI.— (*Anhelante.*) Yo, yo también...

EL EQUIS.— (*Rotundo.*) ¡También!... Si dejas de decir chorradas... ¿Te crees que yo no soy humano, o qué?... ¿Es que ya no te acuerdas las veces que te he salvao la vida?

YIMI.— Y yo a ti... ¡Yo a ti!

EL EQUIS.— ¿Tú?... ¿Tú a mí?... ¿De qué?...

PEPA.— (*Da un grito.*) ¡Ay!...

EL EQUIS.— (*Justificándose.*) Me pone ése nervioso, y te pincho...

YIMI.— ¡Pínchala!... ¡Pínchala!...

PEPA.- Duele mucho...

EL EQUIS.- ¡Coño, claro que duele!... También duele lo otro, ¿no? Y te callas. Pues tienes que aguantarte. Si quieres presumir de «jai» del Equis, tienes que aguantar mecha... Luego te dará gustirrinín... Si te mueves, será peor.

YIMI.- ¡Pínchala!...

EL EQUIS.- Y si ése sigue fardando... Anda, dile que se calle.

PEPA.- (*Suplicante.*) Cállate, Yimi, por Dios...

YIMI.- (*Amenazador.*) Luego, ¡te clavaré yo hasta el corazón!...

EL EQUIS.- (*Enfrecido.*) Hondo..., muy hondo... A alguien como tú hay que pincharle bien hondo...

PEPA.- (*Aprieta los labios.*) Pincha..., pincha...

EL EQUIS.- Así me gusta... Así me molan las hembras. En el Oriente las «jais» van marcadas para toda la vida... Y aquí habrá que hacerlo algún día... Ya verás qué bonito... Antes, se te hinchará el brazo, las tintas se correrán y... (*Le da un beso muy apretado en el brazo.*) ¡Para toda la vida!...

YIMI.- (*Sardónico.*) Sí... ¡Hasta la muerte!...

PEPA.- (*Rendida.*) Una... araña tuya... para mí...

YIMI.- (*Burlón.*) No..., un alacrán... ¡Un alacrán venenoso!

EL EQUIS.- (*Asiente.*) Sí..., me llaman el alacrán... en el Puerto de Santa María. Pero soy un alacrán sin veneno. Yo no tengo veneno, sino cariño para ti... (*Besa las picadas y sorbe la sangre a la vez.*) Cariño que viene del Tercio Gran Capitán; del Batallón Disciplinario de Melilla, del penal del Puerto, de Ocaña y los Carabancheles... De sitios de hombres solos; de hombres con lo que tienen que tener, y no de muñecas como tú, ni de murciélagos secos... como ése.

YIMI.- (*Excitado, nervioso.*) Yo... ¡más hombre que tú! ¡Más hombre que tú!... ¡Me cagüen la leche!...

EL EQUIS.- (*Va hacia el YIMI, con la aguja hacia el rostro de éste.*) ¡A ti te marco en la cara como a los soplones!...

PEPA.- (*Reteniéndole.*) ¡Termina!... ¡Terminemos ya de una vez!... (*Mostrándole el brazo sangrante.*) ¡Mira!...

EL EQUIS.- (*Señala al YIMI.*) Hazte cuenta de que es nuestro casorio... Y ése es nuestro padrino... Luego, lo celebraremos los tres.

PEPA.- (*Con ansiedad.*) ¡Vamos a celebrarlo ya!

EL EQUIS.- No..., antes hay que terminar esto... con dolor. Para llegar a la dulzura, hay que sufrir primero...

YIMI.— (*Con agresividad.*) ¡Bocazas!... ¡Siempre has sido un bocazas!

PEPA.— (*Convencida.*) ¡Pincha!... ¡Pínchame!...

EL EQUIS.— ¿Tú sabes quién me enseñó a hacer este trabajo?

YIMI.— (*Corrosivo.*) El Americano, en Ocaña...

EL EQUIS.— ¿Tú qué sabes?... Fue mi madre la que me enseñó a hacer esto..

Mi madre que en gloria esté... Porque ella cosía... Antes, las mujeres aquí no hacían más que coser... Y mi madre, ¡siempre con la aguja en la mano!... (*Ríe al recordarlo.*) Y como yo era un desalmao, pues venía y ¡zas!, me clavaba la aguja donde alcanzaba... (*Ha clavado también hondamente la aguja a la PEPA, que se estremece.*) Pero me clavaba muy bien, ¿sabes?... Luego, yo me entretenía con la herida y... así aprendí. (*Al YIMI.*) ¡Al americano lo marqué yo!... ¡Yo!...

YIMI.— (*Exaltado.*) ¡No!.. ¡No es verdá!... ¡Te marcó él!... ¡Y a mí también!

(*Se abre más el mono hasta enseñar el trasero.*) ¡Me lo hizo aquí!...

EL EQUIS.— (*Enfurecido.*) ¡Maricón!... ¡Maricón de mierda!... ¡Ahí sólo tienes señales mías!... ¡Sólo mías!

PEPA.— (*Algo asustada.*) Por Dios, Equis, ¡déjalo!...

EL EQUIS.— (*Conteniéndose.*) Sí, será mejor, mejor... Ahora hay que celebrar esto... El casorio... Hazte cuenta que tú eres la novia y yo te pregunto, como haría el cura: «Fátima... ¿Te gusta el nombre?».

PEPA.— (*Con los ojos cerrados, repite.*) ¿Fátima...? Me gusta.

EL EQUIS.— «¿Quieres por compañero al Equis?»

PEPA.— Sí...

EL EQUIS.— (*Pinchándola fuerte.*) ¡Dilo más alto!

PEPA.— ¡Sí!... ¡Lo quiero!

EL EQUIS.— «¿En la suerte... y en el mal fario?»

PEPA.— Sí, sí...

EL EQUIS.— ¡Repítelo!

PEPA.— En la... muerte, y el mal fario...

EL EQUIS.— «Y hasta que...» ¿Cómo se dice?

YIMI.— (*Sardónico, zumbón.*) Hasta que la huesa os separe... Tuya hasta la muerte. ¡Te la regalo!

EL EQUIS.— (*Apremiante.*) ¡Dilo!... Hasta la muerte...

PEPA.— (*Dócil.*) Hasta la muerte.

EL EQUIS.— (*Como en un ritual.*) Y te clavo esta aguja de fuego..., para que nunca se te olvide mi nombre, y lo llesves hasta la mortaja.

YIMI.— (*Mientras ella da agudos gritos de dolor.*) ¡Y que te se pudra con ella!...

EL EQUIS.— *(Radiante, dominador.)* ¡Que se calle el padrino!... *(Amenazador, entre dientes.)* Luego me entenderé contigo... Me las pagarás.

YIMI.— *(Grita.)* ¿Tú a mí, a mí?... ¡Hijoputa!...

PEPA.— *(Deseando acabar. Al EQUIS.)* ¿Está... ya?

EL EQUIS.— ¡Qué va a estar!... ¿Tú crees que esto se hace en un día, ni dos?... Hay que entretenerse si hay que cuidar los pinchazos en esta carne tan hermosa... *(Besa el brazo y sorbe la sangre.)*

PEPA.— *(Entre el dolor y el placer.)* Equis... ¡Por Dios, Equis!... ¡No!...

EL EQUIS.— *(Por el YIMI.)* Ése ya lleva mi marca... Y tú, la llevarás ahora también...

PEPA.— *(Agotada.)* No..., no puedo más... No puedo...

EL EQUIS.— Habrá que descansar... y colocarnos un poco... ¿Dónde está la jeringuilla?

(Deja la aguja del tatuaje y coge la jeringuilla.)

PEPA.— *(Anhelante.)* ¡Por fin!... Por tu madre te lo pido, Equis; por mis muertos... ¡Que no puedo más!...

EL EQUIS.— ¡No soy una fiera, coño!... Ahora vais a ver quién soy yo...

PEPA.— *(Mostrándole los brazos.)* Ahora... ¡Ahora!...

EL EQUIS.— Te voy a meter una corriente... de cariño, para que viajes conmigo hasta el fin del mundo... *(Volviéndose al YIMI.)* ¡Y usted que lo vea, señor padrino!...

(Baja la jeringuilla y clava la aguja con fuerza en el hombro de ella.)

PEPA.— *(Grita.)* ¡Ay!... *(Algo relajada. Suspirando. Queda semiconsciente.)*
Gra... gracias... Gracias, amor... ¡Qué gozada!...

(El EQUIS va hacia el YIMI, que le observa fijamente. Le afloja la cadena. Le quita de la puerta y le lleva arrastrando, como a un mono.)

EL EQUIS.— Tú también quieres gozar, ¿no?

YIMI.— Por..., por favor..., Equis... Por favor, si puedes...

EL EQUIS.— (*Dominador.*) ¡Si no fuera por mí!... (*Le acaricia la cabeza.*) Si no fuera por tu amo, ¿qué sería de ti?... ¿Cuántas veces te saqué de apuros?... Allí y aquí... ¿Eh?

YIMI.— (*Suplicante.*) Aguarrás, no... ¡Por favor!...

EL EQUIS.— Tú sabes que yo soy justo... Lo sabes... Te di aguarrás porque te lo merecías. Y, ahora, te voy a dar tu parte... La parte que te corresponde...

YIMI.— (*Alzándose como un perro.*) ¡Mi parte... sí!... ¡Quiero mi parte!...

EL EQUIS.— La vas a tener... Ahora mismo, cuando acabemos el asunto... (*Lo arrastra por la cadena hasta llegar al teléfono. Marca un número y espera. Mientras, acaricia la cabeza del YIMI.*) Verás ahora... Ya verás. (*Al teléfono.*) Oye... Que ya está. Ya puedes subir... Sí... ¿Qué te parece?

YIMI.— (*Le presenta el brazo desnudo.*) Venga ya... Venga... ¡Deprisa!

EL EQUIS.— (*Acariciándole.*) ¡Espera!... No seas nervioso... Todo lo quieres siempre deprisa, corriendo... (*Le da un beso, casi un mordisco, en la nuca.*) Ahora, cuando todo se arregle..., verás cómo soy... (*Va a abrir la puerta. Se oyen pasos.*) Ya sube... Ya está aquí... ¡Pasa, tía!...

(Aparece la ASISTENTA SOCIAL, que se enfrenta al EQUIS, como a un colega, sin reparar en el YIMI ni en la PEPA, que permanece semiconsciente.)

ASISTENTA.— (*Muestra un cheque.*) Aquí está...

EL EQUIS.— ¿Sin problemas?

ASISTENTA.— Abajo está el Jalifa con el coche... La otra mitad, luego...

EL EQUIS.— (*Que ha cogido el talón y se lo ha guardado tras echarle una ojeada. Señala a la PEPA.*) Ahí tienes la mercancía... Y dile al Jalifa que estaré a punto para «finiquitar» la operación.

ASISTENTA.— (*Ha ido hasta la PEPA y la incorpora suavemente.*) ¿Me vas a acompañar, guapa?

EL EQUIS.— La señora te va a llevar de viaje...

ASISTENTA.— A Túnez... Nos están esperando abajo.

PEPA.— (*Dejándose llevar.*) ¿Viajar?... Sí, sí... Viajar...

ASISTENTA.— (*Llevándosela hacia la puerta, como quien promete una golosina.*) A Túnez... Nos vamos a Túnez...

PEPA.— (*Casi inconsciente.*) ¿Tnez...? ¡Ah..., sí!...

ASISTENTA.— (*Al EQUIS.*) A las dos, en la cafetería...

EL EQUIS.— Allí estaré. Y que no os pase nada.

(*La ASISTENTA hace un gesto despectivo y sale llevando a la PEPA medio inerte.*)

YIMI.- (*Queriendo detenerlas.*) ¡Espera!... ¡No te la lleves!

EL EQUIS.- (*Cerrando la puerta y cortándole el paso.*) ¡Tú, quieto!

YIMI.- (*Abalanzándose furioso.*) ¡Déjame pasar!...

EL EQUIS.- (*Terminante, le empuja.*) ¡No quiero!

YIMI.- (*Tras una breve tensión, amenazador.*) ¡Mira, que soy capaz de...!

EL EQUIS.- (*Retándole.*) ¿Qué?...

YIMI.- (*Mordiéndole las palabras con rabia.*) ¡De ajustarte las cuentas de una vez por todas!

EL EQUIS.- (*Con sarcasmo.*) ¿A mí?... ¿Las cuentas a mí, tú?

YIMI.- (*Enérgico, bravucón.*) ¡Sí, yo! ¿Qué pasa?... ¡Te crees que aún estamos enrejaos?... Que puedes seguir haciendo conmigo lo que te sale del nabo? ¡Pues no han cambiao poco las cosas!...

EL EQUIS.- (*Sardónico.*) ¿Tú crees que han cambiao?

YIMI.- Sí, ¡al menos pa mí!... ¡No te pienses que sin ella aquí to va a ser lo mismo! ¡Ni que vas a tenerme bien agarrao con el chute!... Si he aguanta toas las ostias que has querío darme, ha sido sobre to por ella. Y por mí también. Hay que tragárselas enteras, o doblás, con tal de tener un cobijo... y alguien pa compartirlo.

EL EQUIS.- (*Con una sonrisa cínica.*) ¡Bien!... Estás en tu casa... Y aquí estoy yo.

YIMI.- (*Con rencor.*) ¡Tú no me vales!... Contigo aquí to volvería a ser igual que en el talego. Desde que atravesastes esa puerta, que has convertío esto en un chiquero, en otra jaula como aquella en la que tú eras el amo. A donde tú entras, arrambblas con to lo cojonudo que pueda haber allí.

EL EQUIS.- (*Sin dejar de sonreírle.*) ¿Tan malo soy?... ¿Tan mal me he portao contigo?

YIMI.- (*Con odio.*) Lo de menos han sido toas las cabronás que me has hecho desde la noche en que aparecistes. Te las he soportao pa poder seguir viviendo aquí con ella, gozando... o sufriendo juntos.

EL EQUIS.- (*Sonríe maligno.*) ¿Qué más da lo uno o lo otro? Son dos partes de la misma cosa. ¿Eh, Yimi?...

YIMI.- (*Sin oírle.*) Lo que no te perdono es el haberme embarcao pa un viaje del que nunca se vuelve... Cuando me enjaularon contigo y con dos de

tus machacas, yo no era na más que un pijo chuleras, acosao por el hambre y el miedo. Tú me pinchastes por vez primera pa poder luego trastearme como a los demás y hacerme otro colgao tuyo. Y eso es lo que he sido hasta ahora: el mandao más tontarra de to el atajo de guripas que te han rodeao.

EL EQUIS.— (*Con frenesí.*) ¡No!... ¡Tú eres para mí mucho más que eso!... ¡Te necesito, Yimi!... ¡Y tú me necesitas!... Vine a buscarte al salir del talego porque no quiero, ¡no puedo!, ser libre si tú no estás atao a mi lao y yo no soy tu esclavo. Por eso te arranqué de aquí los estorbos. Tus mujeres están ya bien colocadas... y lejos de nosotros. Volvemos a ser libres, colega, para poder encadenarnos otra vez uno al otro.

YIMI.— (*Con firmeza.*) ¡No!... ¡Nunca más volveré a ese infierno!... ¡Nunca volveré!

EL EQUIS.— (*Sonríe.*) No tienes escapatoria, Yimi. Ninguno de los dos la tenemos. Estamos enganchaos para siempre a un carro de fuego, que gira en redondo y nos arrastra con él.

YIMI.— (*Rotundo.*) ¡Yo haré que se pare de golpe!

EL EQUIS.— (*Igual.*) ¡Nadie puede pararlo!... ¡Ni borrar sus marcas!

YIMI.— (*Febril.*) ¡Yo lo haré! ¡Juro que lo haré!

(Abre la puerta de salida y se marcha agitado.)

EL EQUIS.— (*Queriendo detenerlo, grita. Se le oye bajar deprisa la escalera que lleva a la calle.*) ¡Yimi!... ¡Vuelve, Yimi!... ¡Vuelve!... ¡Yimi!...

(El EQUIS cierra la puerta y camina como ausente hasta llegar cerca de donde está la casete. La mira con nostalgia. Se oye lejana la música que sirvió de fondo a los rituales sadomasoquistas.)

EL EQUIS.— (*Con voz apagada.*) ¡Volverás!... Yo sé que volverás..., tarde o pronto. Nadie puede escapar de su destino... Y el tuyo está ya marcado... con fuego.

(Sube la música al tiempo que bajan las luces. Telón.)